

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EJEMPLOS DE CORAJE
EN SITUACIONES EXTREMAS**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Roald Amundsen.

Salvador Alvarenga.

- Más de un año perdido en el mar.
- Sobrevivientes en las montañas de los Andes.
- Sobreviviente en la selva.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Vamos a presentar algunos casos ejemplares de personas que, en situaciones extremas lograron salir adelante con esfuerzo, trabajo y sacrificio. No hay nada grande que se pueda hacer en la Tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Esto quiere decir que una de las cosas más importantes que hay que enseñar a los niños es a luchar por conseguir las metas que uno se propone. No se les puede consentir para que hagan todo lo que quieran y solo lo que quieran. Por este camino, lamentablemente, los estamos dirigiendo hacia el abismo de sus pasiones y egoísmos. Esto puede suceder especialmente en hijos de familias ricas, que han disfrutado desde niños de todo lo deseado y con frecuencia son incapaces de afrontar los retos difíciles de la vida diaria y, de este modo, se quedarán en una vida mediocre que no los hará felices y que les puede llevar al desastre.

Lo mismo puede sucederles a quienes desde niños han optado por el camino fácil de la desobediencia, del vicio o la holgazanería. La lucha y el esfuerzo son valores intransferibles. Cada uno debe desarrollarlos por sí mismo, sabiendo que sin ellos no podrá realizarse plenamente con todas las cualidades que Dios ha puesto en sus almas.

El mismo Jesús nos dice: *Él que quiera ser mi discípulo que cargue con su cruz de cada día y me siga*. No dice que le sigan disfrutando de todos sus gustos y placeres, sino con todas las cruces, dificultades y sufrimientos de cada día. Cada día tiene su afán y su propia cruz. A veces, hay que obedecer a un jefe colérico o desarrollar un trabajo que no gusta, pero lo importante es saber hacer las cosas bien hechas, sabiendo obedecer y sabiendo que, sin esfuerzo, no hay nada que valga la pena.

Los ejemplos que proponemos son de hombres valientes, que son un ejemplo para todos, especialmente para los jóvenes, que necesitan labrar su personalidad a golpes de oleaje, como las peñas que están a la orilla del mar.

Que cada uno de nosotros sepamos dejar huellas que otros puedan seguir. Huellas que no las destruyan ni los vientos ni las lluvias y que queden como un ejemplo para las generaciones futuras. Amén.

ROALD AMUNDSEN

Roald Amundsen fue el primer hombre que llegó al polo sur. En esa época había varias naciones, deseando conquistar ese galardón: Alemania, Inglaterra, Japón y Noruega. Solo lo consiguió Amundsen de Noruega. El éxito se debió especialmente a su inteligencia y la buena organización de la expedición.

El alimento pemmican era diferente al utilizado en otras expediciones anteriores, que solo era carne seca mezclada con manteca de cerdo. El de Amundsen, además de eso, contenía verduras y harina de avena, lo cual le daba mejor sabor y más fácil de digerir. Hicieron pemmican para los expedicionarios y otro especial para los perros. Con este alimento se solucionaba el peligro de ser atacados por el escorbuto, pues también contenía leche deshidratada y proteínas. Y, por supuesto, se preocuparon de llevar mucha cantidad de agua. En las tierras heladas cercanas al polo, podrían conseguir agua derritiendo el hielo.

Una de las tareas principales de Amundsen fue encontrar buenos perros y consiguió cien perros de Groenlandia, que le entregaron en julio de 1910. Esta opción fue mejor que la del inglés Scot, que utilizó ponis de Manchuria. Los perros de Amundsen, aparte de los buenos que resultaron en el tiro de los trineos, pudieron sobrevivir todo el viaje a base de carne de perro y de pemmican. Todos los perros que morían o había que sacrificar, porque estaban totalmente exhaustos, podían servir de comida para los sobrevivientes. Para el viaje subieron a bordo cerdos, gallinas, ovejas y gatos, pero tuvieron que erradicar totalmente las ratas que no faltaban.

Para uso de los expedicionarios, se usaron trajes de piel de foca, traídos de Groenlandia. También llevaban una buena biblioteca con tres mil volúmenes para no aburrirse y mantener buen ánimo en los largos días invernales en que no podrían hacer nada fuera de la tienda. Llevaban barajas y otros juegos; también un gramófono con muchos discos. Aparte tenían un piano, violín, flauta, mandolinas, acordeón y una armónica para animar algunos ratos de reuniones fraternas. Todo estaba previsto según Roald (Amundsen).

Llevaron buena cantidad de cigarrillos, pues muchos eran fumadores. Varias empresas noruegas les proporcionaron bombones de chocolate, jugos de frutas, leche en polvo, azúcar, café, bizcochos. También llevaban mucha cantidad de cerillas, medicinas para los problemas más frecuentes, municiones y fusiles para cazar focas, además de mucho petróleo para el barco y los de extintores necesarios para caso de incendio. Y no faltaban herramientas para trabajar en el hielo como sierras de entre dos y seis metros, brocas, cuchillos para el hielo, etc.

Disponían de 10 trineos, diez pares de raquetas de nieve y un centenar de arneses para los perros, 20 pares de esquís de casi dos metros y medio de largo, preparados para superar las muchas grietas de los glaciares. Tenían seis tiendas para tres personas cada una y sacos de dormir para superar el frío extremo. Llevaban guantes para las manos, botas especiales para los pies y gafas para que la nieve no los cegara.

Para cocinar tenían un hornillo primus y cinco cocinas tipo Nansen. Y no se olvidaron de cámaras fotográficas, termómetros, brújulas y toda clase de instrumentos para medir la altitud, la situación geográfica y otras constantes atmosféricas.

La salida definitiva del puerto de Christiansand en Noruega fue el 10 de agosto de 1910, después de gritar unidos: *Dios proteja a nuestro rey y a nuestra patria*. Todos los expedicionarios iban contentos. Todo lo que llevaban estaba bien ordenado y marcada cada caja con lo que cada una contenía. Había 97 perros, de los que unos 10 eran hembras. Estaban encadenados en cubierta y trataron de conseguir su confianza, acariciándolos y dándoles bien de comer. Eran muy peleones y por nada se peleaban entre ellos y había que separarlos a como diera lugar. Lo hermoso era ver que todos querían caricias de sus guías. Eran celosos.

Comenzaron el viaje de 25.000 kilómetros. El 14 de enero de 1911 llegaron a la Barrera de hielo del mar de Ross, donde pondrían la base principal antes de dirigirse hacia el polo sur. Ya tenían 116 perros, las hembras habían dado cachorros, aparte de que dos habían muerto y dos se habían ahogado. Encontraron gran cantidad de focas y se dedicaron a cazarlas para tener mucha carne fresca para ellos y para los perros. Las focas estaban como rebaños y, al principio, no se movían. Nunca habían tenido un enemigo que las persiguiera.

Desde esa base, comenzaron a transportar en trineos provisiones hacia diferentes puntos de la ruta que iban a seguir hacia el sur. Al principio los perros no tiraban bien, porque habían estado mucho tiempo tumbados en cubierta sin hacer nada más que comer y beber, pero poco a poco se acostumbraron, aunque hubo que usar el látigo en muchas ocasiones para animarlos a tirar.

Los carpinteros comenzaron la construcción de la casa base o estación de madera, que estaba prevista y para la cual traían en el barco las maderas correspondientes bien numeradas. En pocos días estuvo lista y comenzó a funcionar a la perfección. Los primeros días el trabajo se redujo a transportar provisiones y otras cosas necesarias desde el barco a la estación o casa base.

Una vez que tenían todas las provisiones y otras cosas necesarias en la casa base, empezaron a ir cada día más lejos con los trineos, dejando cada ciertos kilómetros un depósito de víveres, bien marcado con banderines para encontrarlo al regreso. En estos viajes de aprovisionamiento les vinieron muy bien los termos para tomar café o chocolate caliente.

Había días que el tiempo estaba apacible, pero otros días había una espesa niebla a pesar de estar en verano en el hemisferio sur. El 14 de febrero alcanzaron los 809 de latitud sur. Lo peor era el miedo a encontrar grietas desconocidas en medio del hielo, que podía tragar a hombres y animales. Como precaución, estaban todos unidos con cuerdas para que en ese caso, como ocurrió en varias ocasiones, pudieran ser rescatados.

Anota Amundsen en su Diario: *En la tarde del 21 de febrero de 1911 estábamos preparados para la marcha. Los trineos, siete en total, estaban listos. Cargamos demasiado los trineos y después tuvimos que sufrir esta sobrecarga, sobre todo mis nobles animales. El 22 de febrero a las 8 a.m. la caravana comenzó a moverse, ocho hombres, siete trineos y 42 perros. Al día siguiente la marcha fue muy pesada y los perros tuvieron que emplearse a fondo. Hicimos 20 kilómetros. La temperatura se mantenía en unos razonables -15° C. Habíamos perdido el rastro del pescado seco y tuvimos que guiarnos sólo con la brújula. El 24 de febrero amaneció muy malo, soplaban una fuerte ventisca desde el sudeste. No podíamos ver nada, sólo podíamos seguir el rumbo con la brújula. El viento que soplaban de frente era cortante. Aunque la temperatura no era muy baja, -18° C, marchamos todo el día sin encontrar ninguna de nuestras marcas. Al mediodía dejó de nevar y a las tres en punto se despejó. Según buscábamos un lugar donde colocar el campamento, encontramos una de nuestras banderas. Cuando llegamos a ella vimos que era la número cinco. Todas las cañas de bambú estaban numeradas, con lo que sabíamos exactamente la posición en la que se encontraban. La marcada con el número cinco estaba a setenta y tres kilómetros de Framheim. Cuadraba con la distancia recorrida de setenta y dos kilómetros y medio. El día siguiente amaneció muy calmado y tranquilo, aunque la temperatura comenzaba a descender, -25° C; a pesar de esta baja temperatura el aire estaba muy apacible y así se mantuvo. Seguimos las marcas de pescado durante todo el camino y al final del día de viaje habíamos recorrido veintinueve kilómetros, una buena distancia para tanta carga como llevábamos.*

Seguidamente tuvimos un par de días de fuerte frío con niebla, lo que no nos dejó ver demasiado de los alrededores. Casi todo el camino pudimos seguir las marcas de pescado y empezamos a usarlo como un alimento extra. Los perros lo comían con glotonería. El que iba en cabeza tenía que ir retirando el pescado del camino y uno de los guías lo recogía y lo subía al trineo. Si los perros hubiesen encontrado el pescado sobre la nieve habríamos tenido fieras

peleas muy pronto. Ahora, incluso antes de alcanzar los 80° S, los perros mostraban signos de cansancio, probablemente debido a las bajas temperatura, -26,5° C, y al duro trabajo. Cuando empezamos la jornada tenían las patas rígidas y dificultades para ponerse en marcha.

El 27 de febrero a las diez y media de la mañana llegamos al almacén situado a 80° S. Estaba tal como lo habíamos dejado y no se habían formado ventisqueros sobre él, por lo que supusimos que el tiempo en esta zona había sido tranquilo. La nieve suelta que vimos la primera vez ahora estaba dura debido al frío. Tuvimos suerte al poder ver el sol y tomar referencias claras.

En nuestro caminar por estas interminables planicies donde no puedes encontrar ninguna marca sobre el terreno que te pueda ayudar a identificar la zona, habíamos pensado en hacer algún tipo de señal, de manera que pudiésemos encontrar nuestros almacenes de forma segura al volver a ellos. Nuestro éxito en alcanzar el Polo dependía enteramente del trabajo realizado durante este otoño, es decir, llevar la máxima cantidad posible de provisiones lo más al sur posible y, después, poder encontrarlas con total seguridad y sin vacilaciones. Perder los depósitos significaba también perder la batalla contra el polo Sur y, tal vez, la vida ¹.

A los 81° de latitud sur, dejamos almacenadas catorce cajas de pemmican para perros. Eran 560 Kilos. Para marcar este almacén no teníamos cañas de bambú, de modo que no pudimos hacer otra cosa que romper algunas cajas y usar sus trozos como señal. A la mañana siguiente, los perros estaban cansados, pero teníamos que conseguir llegar a los 82° antes de rendirnos. Incluso había tenido esperanza de poder alcanzar los 83° de latitud, pero me daba la impresión de que teníamos pocas posibilidades de lograrlo. Después de los 81° S, la barrera comenzó a tomar una apariencia ligeramente distinta: a pesar de tener una superficie totalmente plana, el primer día vimos unas formaciones similares a montones de heno. En ese momento no les prestamos mucha atención, nos parecieron unas simples irregularidades de la superficie, pero después aprendimos a tener los ojos bien abiertos y nuestros pies mejor dispuestos cuando pasábamos cerca de ellas. En este primer día hacia el sur desde los 81° S no vimos nada en especial; la marcha era excelente, la temperatura no tan fría como las peores veces, -32° C, y la distancia recorrida muy encomiable. Al siguiente día nos hicimos una idea de lo que significaban aquellos pequeños montículos, era como si la superficie del hielo estuviera cortada en pedazos por una grieta tras otra. No eran muy anchas, pero su profundidad parecía no tener fin. A eso del mediodía, los tres perros de Hanssen que marchaban en cabeza, Helge, Mylius y Ring, cayeron en una de ellas,

¹ Roald Amundsen, *Polo sur*, Interfolio libros, 2020, pp. 254-257.

quedando suspendidos de sus arneses; tuvimos suerte de que las correas soportaran el peso, pues la pérdida de estos tres perros hubiera sido un problema serio. Cuando el resto del equipo vio que estos tres desaparecían, se detuvieron inmediatamente. Afortunadamente los perros tenían mucho miedo a estas grietas y detenían la marcha en cuanto notaban algo extraño. Ahora entendíamos lo que significaban estas formaciones: eran el resultado de la presión del hielo y siempre había grietas por sus alrededores.

Ese día tuvimos niebla muy espesa, con viento del norte y nevadas intermitentes. Nuestros perros, especialmente los míos, presentaban un estado lamentable, estaban escuálidos. Estaba claro que lo más lejos que podían llegar era a los 82° S. Incluso la vuelta a casa sería una tarea difícil. Esa tarde decidimos darnos por satisfechos con llegar a los 82° S de latitud y tomar el camino de regreso. Durante esta última parte del viaje, al montar nuestras tiendas, las colocábamos de tal forma que las puertas estuviesen una frente a otra y muy cercanas; de esta manera podíamos pasarnos la comida de una a otra sin necesidad de salir al exterior, lo cual era una gran ventaja. Esta circunstancia nos condujo a cambiar de forma radical nuestro sistema de acampada y nos dio la idea de cuál era la mejor tienda de cinco plazas en estas regiones polares, algo hasta ahora nunca visto.

El 8 de marzo alcanzamos la latitud 82° S. Era lo más que mis perros podían hacer. Ciertamente, parecía poco para nuestros deseos, pero realmente era mucho. Estaban totalmente rendidos, pobres animales. Este es el único recuerdo oscuro que tengo de mi estancia en el Sur, su sufrimiento. Les había pedido más de lo que eran capaces de dar. El consuelo que tengo es que yo tampoco me guardé nada para mí. Cargar el trineo con casi media tonelada de peso con los perros tan cansados, no era un juego de niños. Y una vez puesto en movimiento, no estaba todo solucionado: muchas veces eras tú el que tenía que empujar el trineo hacia adelante hasta que forzabas a los perros a moverse. Hacía tiempo que el látigo no producía ningún miedo ².

El 20 de marzo tomamos el camino de regreso a la casa base. Estábamos en otoño y el frío comenzaba a sentirse. Había 40° bajo cero. El 28 de marzo vimos por primera vez una aurora austral. Estaba compuesta de una especie de rayos y bandas que se extendían de sudoeste a nordeste, cruzando todo el cenit. La luz era verde pálido y roja. Habíamos visto muchas puestas de sol preciosas por estos lugares, únicas en esplendor y colorido. Sin duda, el entorno de azules y blancos de esta tierra mágica incrementa aún más la belleza.

² Ib. pp. 262-264.

Desde el 14 de enero hasta el 11 de abril habíamos construido completamente la estación base para alojar a nueve personas durante varios años. Almacenamiento de carne fresca para nueve personas y 115 perros por medio año. El peso aproximado de las focas capturadas fue de unas 60 toneladas y finalmente el transporte de tres toneladas de provisiones a los almacenes situados a 80°, 81°, 82° de latitud sur³.

A partir de abril dejaron de hacer excursiones por el mal tiempo y quedaron en la estación o casa base para prepararse para la primavera y emprender el viaje definitivo al polo sur. El 15 de agosto, en pleno invierno, anotaron 59 bajo cero. Otros días entre 50 y 60. Llegó septiembre con 42° bajo cero, pero el 6 de septiembre había solo 22 bajo cero.

El 29 de septiembre apareció una bandada de petreles antárticos un signo claro de la primavera. Estábamos encantados de ver estas delicadas y rápidas aves de nuevo. Volaron alrededor de la casa varias veces para ver si aun estábamos vivos. Nosotros no tardamos en salir fuera como señal de bienvenida. Fue divertido ver a los perros. Al principio estos pájaros volaban muy cerca del suelo y los perros iban corriendo para intentar atraparlos. Pero los pájaros levantaron el vuelo al unísono y los perros los perdieron de vista.⁴

El 19 de octubre nos pusimos en marcha dispuestos a llegar al polo sur. Éramos solo cinco hombres, llevábamos cuatro trineos con trece perros cada uno. Al principio los trineos iban muy ligeros por el poco peso e iban a toda velocidad. De pronto, la superficie a uno de los lados del trineo resultó ser una caída perpendicular a un enorme y oscuro abismo con una anchura suficiente como para tragarnos a nosotros y algo más. Unos cuantos centímetros más allá y no hubiésemos tomado parte en el viaje al polo. Dedujimos por esta grieta que nos habíamos desviado bastante hacia el este y pusimos rumbo al oeste. Una vez que llegamos a una superficie segura, me puse los esquís de manera que el peso estaba más repartido⁵.

Llegamos a un sitio donde las trampas de grietas eran muchas. Teníamos que buscar sitio para colocar la tienda. No había posibilidad de encontrar un lugar suficientemente grande para sujetar la tienda con los vientos. La colocamos en un sitio aparentemente firme y extendimos los vientos repartidos entre grieta y grieta por todos lados. Súbitamente Wisting se cayó en una grieta y solo se veía su cabeza, hombros y brazos. Se había hundido, pero se salvó al

³ Ib. p. 286.

⁴ Ib. pp. 416-417.

⁵ Ib. pp. 419-420.

*estirar sus brazos justo en el momento de la caída. La grieta parecía no tener fondo como las demás*⁶.

*En otra ocasión, los tres perros que iban en cabeza desaparecieron y los demás nos paramos en seco. Los que le seguíamos cruzamos sin ningún problema, pero nuestro futuro avance se volvió incierto ya que unos cuantos pasos más adelante los mismos perros volvieron a caer. Las grietas discurrían en todas las direcciones como láminas de cristal. Volvimos atrás para dar un rodeo y evitarlas*⁷.

*Otro día Hanssen tuvo que cruzar una grieta de un metro de ancho y justo en ese momento tuvo la mala suerte de enganchar su esquí en las correas del último de sus perros, quedando cruzado sobre la grieta. La situación parecía fea. Los perros habían pasado, estaban a medio metro del precipicio, el trineo estaba justo sobre la grieta y se había girado según Hanssen caía, con lo que fácilmente se podía alinear con la grieta y caer dentro. Los perros se percataron rápidamente de que su guía no se encontraba en posición de “orden y mando” y no dejaron escapar la oportunidad. Como un montón de tigres rugientes se abalanzaron unos contra otros hasta que los pelos volaron. Felizmente Wisting lanzó una cuerda a Hanssen y lo sacó de su desagradable situación*⁸.

*El 15 de noviembre alcanzamos los 85° sur. El 17 de noviembre comenzamos la ascensión. En previsión de cualquier contingencia dejé en el almacén un papel con información del camino que intentábamos tomar por las montañas junto con el plan de lo que pensábamos hacer, nuestro equipo, provisiones, etc. El tiempo era bueno. Los perros superaron las expectativas: las dos cuestas más empinadas las subieron al trote. Los pequeños glaciares que teníamos que ascender resultaron ser bastante empinados y en algunos lugares tuvimos que arrastrar un par de trineos uniendo dos equipos de perros. Estos glaciares parecían ser bastante antiguos e inmóviles. Pasamos junto a varias cumbres entre 900 y 2.100 metros de altura*⁹.

En las bajadas colocábamos cuerdas en los patines de los trineos a modo de frenos. Era una cosa muy simple, bastaba enrollar un trozo de cuerda alrededor de cada patín; cuantas más vueltas les dábamos, más eficaz era el freno. La primera bajada fue de 250 metros. Después tuvimos que cruzar un ancho y agotador valle antes de ascender de nuevo. La nieve de las montañas estaba muy suelta y era profunda, lo que hizo que los perros hicieran un duro

⁶ Ib. pp. 426-427.

⁷ Ib. p. 429.

⁸ Ib. p. 440.

⁹ Ib. p. 454.

trabajo ¹⁰. *En cierto lugar vimos que era imposible pasar entre dos grandes montañas, pues la superficie era una grieta tras otra, tan enormes y complicadas que tuvimos que reconocer que nuestro avance futuro estaba complicado* ¹¹.

Establecieron el campamento y salieron a reconocer el lugar y el terreno. El lugar de donde regresamos estaba a 2.438 metros de altura. El agreste paisaje era indescriptible: abismo tras abismo, grieta tras grieta, grandes bloques de hielo amontonados por los alrededores. Daba la impresión de que la naturaleza era demasiado poderosa. No había manera de avanzar por allí... De vez en cuando se oía el estrepito de bloques de hielo chocando entre sí, estruendo tras estruendo. Un retumbar desde el monte Nansen y ahora desde cualquier otro. Podíamos ver nubes de hielo levantarse en el aire. Los estruendos prosiguieron toda la noche y una avalancha tras otra dejó al descubierto partes de las montañas que habían estado escondidas desde tiempo inmemorial.

El 20 de noviembre se levantaron dispuestos a continuar su avance en la subida. Los perros parecían entender que este era el último gran esfuerzo que les estábamos pidiendo. Se arrastraban por el suelo y tiraban clavando sus patas, mientras remolcaban el trineo. Tenían que parar frecuentemente para recobrar fuerzas. Después de la agotadora subida, esperaban una llanura lisa, pero se decepcionaron porque hacia el sur se levantaba una cordillera que discurría de este a oeste. Fue particularmente molesto afrontar esta última subida. Iba de sudeste a nordeste y la superficie era tan dura como el pedernal, con puntas tan afiladas como cuchillos. Una caída hubiera tenido serias consecuencias y a 3.328 metros sobre el nivel del mar, 85° de latitud sur. La temperatura estaba alrededor de los 27 grados bajo cero.

El 28 de noviembre había niebla, niebla y de nuevo niebla, pero después apareció el sol y disipó la niebla durante un rato. Allí, al sudeste a no muchos kilómetros de distancia, se extendía una inmensa mole de montañas. Desde esa masa montañosa, justo cruzando nuestra ruta, discurría un antiguo glaciar. El sol iluminaba y pudimos apreciar enormes irregularidades ¹².

Allí cerca estaba el monte Nilsen a 4.500 metros sobre el nivel del mar. Uno de esos días un glaciar presentó el peor caos con el que nunca antes habíamos tenido que luchar. Hassel y yo marchábamos a la cabeza atados con una cuerda. El camino a seguir era tan malo que teníamos que detenernos durante un buen rato e inspeccionar en varias direcciones antes de seguir adelante. Más de una vez tuvimos que usar el hacha para romper algún trozo de

¹⁰ Ib. pp. 457-458.

¹¹ Ib. p. 461.

¹² Ib. p. 487.

*hielo que impedía nuestro paso. En una ocasión las cosas se pusieron realmente serias: abismo tras abismo, montículo tras montículo, tan altos y empinados que parecían montañas. Finalmente encontramos un paso, si es que así se le puede llamar. Era un puente tan estrecho que apenas medía el ancho del trineo y un tremendo abismo se abría a cada lado. Al otro lado del puente comenzamos a descender*¹³.

Pronto llegó una fuerte ventisca que barría toda la superficie del hielo soplando. Si hubiesen sabido cómo era el suelo que pisaban, hubieran seguido adelante, pero con esta tormenta y la ventisca que ni les permitía abrir los ojos, seguir hubiera sido una temeridad. Un accidente serio podía dar al traste con todo. Cuatro kilómetros fue toda la distancia recorrida. Al acampar, la temperatura era de 21 grados bajo cero y la altura era de 2.980 metros a 86° latitud sur. Cuando llegaron a 88° 23' se alegraron, porque era el punto hasta donde la expedición del inglés Shackleton en 1909 había llegado y ellos la iban a pasar. Era el 7 de diciembre de 1911. El 9 de diciembre hubo buen tiempo. El día 12 alcanzaron los 89° 30'. La marcha y la superficie eran buenas. Acamparon a 89° 45'.

Y llegó por fin el 14 de diciembre. El tiempo era magnífico. Habían llegado a 89° 53' y a las tres de la tarde los guías de los trineos gritaron: *Alto*. Habían examinado la distancia total y dijeron todos que habían llegado a la meta. Allí estaba el polo sur. Quizás no era el punto exacto, porque sus medios de control tenían un margen de error. Por eso, decidió Amundsen trazar una círculo de unos 20 kilómetros de radio para abarcar dentro el círculo polar antártico o polo sur; y así lo hicieron. Después procedieron a realizar el mayor y más solemne acto del viaje: plantar la bandera de Noruega con orgullo y cariño. Habían llegado cinco incluido Amundsen. Cinco manos que sujetaron el mástil con la bandera desplegada al aire (Hoy con los aparatos de medición se sabe que el lugar donde plantaron la bandera estaba a 2.500 metros de donde hoy se considera el polo sur geográfico, pero Amundsen lo había incluido dentro de los 20 kilómetros de radio, que trazaron en un círculo. La hazaña quedó anotada el día 14 de diciembre de 1911.

El viaje de regreso a la estación base fue fácil y a velocidad, siguiendo las marcas dejadas en el trayecto y teniendo aseguradas las provisiones en los almacenes ubicados a cierta distancia. Cuando llegaron a la estación base, con dos trineos y once perros, esperaban a los cinco héroes con ilusión. Era el 25 de enero de 1912. Habían salido de la estación base hacía 99 días y habían recorrido una distancia de unos 3.000 kilómetros. El barco *Fram* estaba esperándolos desde el 8 de enero. Y desde allí en barco fueron a Tasmania, donde el mismo

¹³ Ib. pp. 501-502.

Amundsen escribió el primer relato de la hazaña para gloria de las generaciones venideras y como ejemplo de coraje, esfuerzo y sacrificio para todos.

SALVADOR ALVARENGA

MÁS DE UN AÑO PERDIDO EN EL MAR

Salvador Alvarenga era un joven que nunca iba a la iglesia, a pesar de estar bautizado, y no se preocupaba de Dios ni de las cosas espirituales. Había nacido en El Salvador y su vida se desarrollaba entre su trabajo y las fiestas con sus amigos. Cuando se emborrachaba, que era algo frecuente, tenía ganas de pelear. Un día comenzó a pelear y fueron cuatro o más contra él. No contentos con machacarlo a puñetazos y tumbarlo en el suelo, lo sacaron del bar y le clavaron varios navajazos y lo abandonaron en la calle. Acabó con tres costilla rotas y conmoción cerebral. Lo llevaron al hospital y poco a poco se fue recuperando para sorpresa de los médicos. Cuando volvió a su casa, alguien le había cortado el cuello a uno de sus atacantes y ellos querían venganza. Salvador estaba en su mira.

Por eso tuvo que abandonar a su pareja y a su hija de pocos meses y huir precipitadamente de su pueblo. Emigró como ilegal a México, estableciéndose en un poblado de pescadores, llamado Costa Azul. Pronto se hizo conocido por su espíritu servicial y entró a trabajar de pescador bajo la orden de un patrón, que tenía algunos barquitos de pesca. Se llamaba Willy.

La embarcación que le prestó para su trabajo era de líneas sencillas, sin techo ni cabina. Medía siete metros y medio de eslora y una longitud de dos furgonetas. Sin cristal ni luces, era prácticamente invisible en alta mar. Con un calado de poco más de medio metro y un motor montado en la parte posterior. Estaba diseñada para cortar las olas como una plancha de surf gigante. En cubierta había una caja de fibra de vidrio abierta del tamaño de una nevera. Si conseguía llenar de pescado fresco esa nevera eran 700 kilos. Cada salida al mar, si tenía éxito, ganaba para vivir toda una semana entre juergas y mujeres.

El 18 de noviembre de 2012 quiso salir a pescar tiburones, que era su trabajo preferido y más rentable, pero su compañero Ray no podía ese día y contrató a un joven, Ezequiel Córdoba, de 22 años e ignorante de la pesca de tiburones. Ese día que salieron a pescar, el cielo anunciaba tormenta, pero Alvarenga no tenía miedo a nada, confiaba en su destreza. Cuando se fueron alejando de la costa el viento empezó a aumentar su intensidad y pasó de soplar a 30 kilómetros por hora a hacerlo a 50. Córdoba empezó a sentir miedo y según

aumentaba la tormenta tuvo que sacar fuerza para achicar el agua que entraba, pero gritaba: *Salgamos de aquí. Regresemos. Vamos a morir.*

En cierto momento Alvarenga se dio cuenta de que las cosas se ponían mal y decidió regresar. Pensó que en cuatro o seis horas estarían en casa. Mientras tanto, Córdoba estaba cada vez más aterrorizado y Salvador se arrepentía de no haber esperado a su amigo Ray, su compañero de fatigas. Pero ocurrió lo que nunca imaginó, el motor empezó a toser hasta que se detuvo.

Sacó entonces la radio y gritó a su jefe: *Willy, Willy el motor se ha estropeado.* No podía darle las coordenadas, porque el GPS no funcionaba. Le pidió que echara el ancla, pero tampoco tenía ancla. Solo podía decirle que vinieran cuanto antes, porque las olas eran enormes y entraba mucha agua en el barco. Decidió echar toda la pesca conseguida por la borda. Poco después la radio que tenían dejó también de funcionar y Alvarenga se dio cuenta de que estaban solos a merced de las olas y que la barca iba a la deriva. Enojado, echó al agua el GPS y la radio, que no funcionaban.

Por otra parte, se organizaron algunos grupos de rescate para salvar, no solo su barca, sino también otras dos barcas, que también estaban perdidas en medio de la tempestad. A él lo buscaron durante dos semanas sin éxito y Salvador seguía con su barco, a la deriva en medio del mar con el joven aterrorizado.

El mar se calmó después de cinco días. Estaban a unos 465 kilómetros de la costa mucho más allá de la capacidad de los equipos de búsqueda y salvamento de la guardia costera mexicana. Hizo un balance de lo que poseía: un cuchillo de pescador con el mango roto, un buen machete, una porra de madera, la nevera vacía, un montón de botellas de lejía, cuerda de nilón y el motor averiado. El combustible lo había echado al mar. Estaban solos y a la deriva. Navegaban a merced del viento y de las corrientes oceánicas, virando, girando y zigzagueando en la inmensidad del Pacífico.

Esperaban que encontraran algún barco en el camino, que podría rescatarlos. Esa era su gran esperanza. Encontraron a varios barcos cerca de donde estaban a lo largo del tiempo que pasaron a la deriva, pero ninguno los vio y nadie los recogió. Cuando salía el sol, tenían que meterse dentro de la nevera vacía para que los rayos no les dieran directamente a la cabeza, pues la barca no tenía cabina. En días de sol, la combinación de sal, sudor y calor daba la sensación de estar asándose vivos. La temperatura subía hasta 32 grados.

Encontrar agua dulce era una obsesión para ellos. Estaban rodeados de agua e iban a morir de sed. Rezaron pidiendo ayuda a Dios. A pesar de la mucha

sed, resistieron la tentación de beber agua salada, porque Alvarenga sabía por experiencia sus peligros. Gracias a Dios, algunos días llovió y pudieron abastecerse de agua dulce. Pero también debían comer y en la barca no tenían ni un anzuelo, pues anzuelos, sedales y un par de cuchillos, todo había caído al mar en la tempestad.

Algo que sorprendió a los dos pescadores fue el ver tanta basura flotando en el agua. Él estaba tan hambriento que se comía hasta las uñas, pero empezó a coger medusas del agua con las manos y engullirlas enteras. Se comió dos medusas moradas enteras y esas le quemaban por dentro. Para calmar el hambre ideó un harpón. Tomó un palo y le ató un cuchillo. Consiguió dos pescados, pero no pudo subirlos a bordo, pues se le escaparon. Se le escaparon varios, pero empezó a dominar la táctica. Nos dice: A veces, cuando los peces ballesta acababan de comer, se quedaban un minuto, flotando cerca de la superficie y los capturaba ¹⁴.

Así comenzó a capturar peces y los depositaba en la barca intentando evitar las mordeduras, ya que el pez ballesta tiene dientes muy afilados. Algunos días que no tenían agua dulce, se bebían su propia orina. Para comida vieron que la basura flotante tenía una fuente constante de posibilidades. Había botellas vacías y las recogían para llenarlas de agua en tiempo de lluvia. Así recogieron decenas de botellas, casi todas de plástico.

Entre la basura marina encontraron un día media col, unas zanahorias, un cuarto litro de leche en una caja. Estaba medio rancia, pero la bebieron con gusto. Subían a bordo las algas que podían y encontraban en ella pececitos enredados. Otro día él pensó lo bien que les vendría coger tortugas. De septiembre a enero hay decenas de miles de tortugas marinas que ponen sus huevos en la costa de México. Los pescadores capturan cada año miles de tortugas y las vendían a 50 dólares la pieza. A fines de noviembre pudo coger una tortuga, que estaba debajo del barco, bebieron su sangre y comieron su carne.

En el interior de la tortuga encontró una colección de basura, desde tapones de plástico, almejas y percebes. Para cocinar la carne, el mechero no funcionaba, estaba muerto y tuvieron que comer la carne cruda. A partir de ese día la caza de tortugas se convirtió en una obsesión; porque, además de su carne y sangre, también se comían los huevos de tortuga, que eran muy nutritivos.

Uno de los días hubo tormenta y cayó lluvia a raudales, los dos se dejaron bañar por la lluvia, pero empezaron a congelarse, pues con la lluvia llegó un frío intenso. Su ropa estaba húmeda y temblaban de frío. Después de un día entero, la

¹⁴ Franklin Jonathan, *Salvador*, Ed. alienta, tercera edición, Barcelona, 2021, p. 99.

lluvia cesó, el sol salió y les dio tranquilidad. Con el agua recogida tenían para una semana. Pero el hambre seguía acosándolos. Y, cuando menos lo pensaron, surgió una manada de tiburones. Nos dice: *Vi manchas, sombras oscuras en el agua, cuando los bancos de peces se acercaron a nosotros, los tiburones los perseguían y era como si el agua estuviera en ebullición. Cuando los tiburones empezaron a comerlos, los peces se acercaban a la barca y pude capturar muchos hasta que la manada se fue*¹⁵.

Otro día pensó en destripar el motor para aprovechar alguna pieza. Sacó una varilla de 30 centímetros y con ella construyó un harpón, pero el harpón no funcionó y se hundió en las profundidades del océano. Consiguió otra segunda varilla, larga como un antebrazo. La dobló en forma de J como un garfio. Con esta nueva arma capturó un pez ballesta y después echó al agua pedacitos de la carne del pez. El cebo atrajo a más peces ballesta y un dorado de cabeza plana y así logró capturar un dorado de 60 centímetros. A la siguiente captura, el pez se llevó esa nueva arma. Le dieron ganas de llorar de rabia.

Los dos hombres vivían con raciones de supervivencia, consistentes en tres tazas de agua al día, montones de huevos de tortuga y trozos de carne de tortuga seca o de otros peces capturados. Un atardecer les sorprendió un ligero golpe en cubierta y descubrieron tres peces voladores que habían caído dentro de la barca. Córdoba dijo: *Son una dádiva del cielo por la que doy gracias a Dios*¹⁶.

Otro día pensó en la posibilidad de cazar aves marinas, especialmente patos salvajes. Durante tres días no pudo coger ninguno. Después cambió de táctica y, cuando se posaban en la barca, iba despacito, mientras estaban comiendo pulgas o parásitos que pudieran tener. Se acercaba sin que lo vieran y los atrapaba con la mano, pero algunos se escapaban. Poco a poco, aprendieron a coger aves marinas. La forma más sencilla era capturarlas de noche. Él se tumbaba boca arriba bajo el mástil, donde las aves solían posarse. Esperaba que estuvieran bien instaladas, incluso dormidas, y en un movimiento veloz de dos pasos, agarraba una pata con una mano y el pescuezo con la otra. Si quería comerse la presa de inmediato le partía el cuello.

Nos dice: *Siempre se posaban en la barca para descansar de modo que aprendí su estrategia. Las oía trazando círculos y me quedaba de pie, quieto, hasta que se pasaban, incluso sobre mi cabeza. Y entonces las capturaba. Yo me comía las alas, los huesos y las patas. Córdoba se hizo experto en cazar aves, pero comer su carne cruda le provocaba arcadas. Él observó que el cuerpo de Córdoba se estaba debilitando mucho. Un día convulsionó con espasmos de*

¹⁵ Ib. p. 113.

¹⁶ Ib. p. 120.

dolor. Diseccionaron los intestinos del pato que habían comido. A menudo tenían sorpresas de tapones de plástico o sardinas enteras. Esta vez encontraron un esqueleto de quince centímetros . No tenía piel y la mayor parte de su carne había desaparecido. Eran los restos de una serpiente marina venenosa de vientre amarillo. Después de cuatro horas de vómitos y tos, Córdoba se estabilizó y ya no quería comer aves o patos marinos.

Entre la basura marina se encontraba de todo. Un día encontró una zapatilla de su tamaño, número 42, y se paseó por cubierta con un pie calzado y el otro descalzo.

Otra vez les vino una tormenta con un tornado marino. Era un muro de agua como un rascacielos. Nos dice: *Veías que subía y subía. Había cosas negras girando en medio del remolino. Era como si estuviera absorbiendo peces y sacándolos del mar* ¹⁷. La tormenta duró cinco días y tuvieron que achicar agua día y noche. Había tanta abundancia de agua dulce que se olvidaron de las raciones y bebieron libremente del cubo. Pudieron rehidratar sus cuerpos y recuperar una relativa normalidad de las funciones orgánicas, incluyendo la circulación de la sangre y la digestión.

En medio de la tempestad se acordaba de Dios. Dice: *Le pedía a Dios que la noche terminara pronto para poder calentarme con el sol* ¹⁸. Cuando todo estaba tranquilo, hablaban de sus familias y de sus madres. Recuerda: *Le pedíamos a Dios que nos perdonara por haber sido malos hijos. Imaginábamos que podíamos abrazarlas y darles un beso. Prometimos que a partir de entonces trabajaríamos más duro para que ellas no tuvieran que volver a trabajar. Pero ya era demasiado tarde* ¹⁹.

Antes de estar en medio del mar a la deriva, no se acordaba de Dios, a quien había abandonado en su país El Salvador, pues nunca iba a misa. En México, donde la imagen de la Virgen de Guadalupe la llevaban en cada furgoneta, tampoco tenía para él ningún sentido. Solamente creía en la Santa Muerte, cuya imagen llevaba tatuada en los brazos y espalda. Veía la religión como un compromiso, que no estaba dispuesto a aceptar.

Refiere: *Nunca había estado en una iglesia. Los veía a mis colegas salir de la iglesia y luego, en cuanto le daban la espalda, drogarse o emborracharse. Lo veía y me decía: “Yo eso no lo haré nunca. Se están burlando de Dios”* ²⁰. Pero allí, a solas con el mar y abandonado de todos, a merced de las olas,

¹⁷ Ib. p. 135.

¹⁸ Ib. p. 137.

¹⁹ Ib. p. 138.

²⁰ Ib. p. 139.

pensaba en Dios y le pedía perdón y se encomendaba, pidiéndole su ayuda para salir de allí y salvarse.

Córdoba, por su parte, era más religioso que él y juntos empezaron a repetir sus oraciones. Córdoba incluso organizó un ayuno de carácter religioso, y él empezó a interiorizar los himnos y oraciones. Tenía fe en que Dios existía y en que podía pedirle cosas. Le pidió a Dios el milagro de que alguien los viera y los salvara y lloró pensando que nunca llegaría a conocer a su hija. No la había visto desde que tenía menos de un año y ya tenía trece. Le pidió a Dios que lo librara de los malos pensamientos y que lo perdonara ²¹.

Mientras él siempre había sido un incrédulo, ahora reunía las fuerzas que le daba un poder superior; Córdoba, mucho más devoto, estaba encerrado en sí mismo con un gran sentimiento de culpa. A pesar de compartir la misma barca, ambos hombres seguían trayectorias muy distintas ²². Córdoba cayó en una profunda depresión y murió de debilidad. Quedó solo Alvarenga en la barca. Pensó en suicidarse, pero recordó que su madre le decía que Dios jamás perdona a los que se quitan la vida y rechazó el suicidio. Temía ir al infierno por toda la eternidad.

En esos momentos de tristeza por la muerte de su compañero, nos dice: *Pedí a Dios que yo pudiera ser más poderoso que el diablo. Yo no quería que el diablo me llevase. Y me dijo: “No seas cobarde, si te mueres, te mueres, pero no de esta manera”. Le prometí a Dios que intentaría no matarme. Que si moría, sería por su voluntad, pero que yo no me mataría* ²³.

Al estar solo, se dio cuenta de que el agua duraba más tiempo y también la comida. En la proa acumuló hasta 25 ejemplares de aves vivas. Así aseguraba comida y compañía. Las aves se peleaban entre ellas, arrullaban y agitaban las alas. Una mañana se despertó y vio dos huevos, más grandes que un huevo de gallina. Dos días después, oyó un sonido al chocar algo contra el casco. Era un barril de petróleo vacío. Lo metió en la barca, lo lavó bien y así pudo almacenar agua en abundancia de la lluvia.

Pronto comenzó a cazar hasta cinco aves al día. Las aves migratorias, agotadas por su vuelo transpacífico caían exhaustas. Así mantenía una docena de aves cautivas como garantía para no pasar hambre. Un día vio una criatura marina varias veces más larga que la barca. Un monstruo dispuesto a engullirlo. El monstruo estaba a menos de diez metros de la barca. Tenía la piel gris. Era el

²¹ Ib. pp. 140-141.

²² Ib. p. 142.

²³ Ib. p. 155.

pez más grande del mundo: *el tiburón ballena*. Puede pesar hasta once toneladas, pero aquel ejemplar era mucho mayor y debía pesar cerca de catorce toneladas. Y anota: *Iba muy pegado a la barca, así que lo toqué. Tenía la piel áspera. A lo largo de la mañana, mientras el enorme animal flotaba pasivamente debajo de la barca y olisqueaba la borda, su miedo se transformó en curiosidad*. Al segundo día, descubrió que el tiburón ballena era como un imán para la comida. Peces piloto, con franjas blancas y negras, se encargaban de desparasitar la boca del animal. Peces rémora, de cabeza plana, se adherían a su vientre y se alimentaban de los parásitos de su piel.

El poderoso animal reaparecía, cuando perseguía bancos de peces, que empujaba hacia la superficie contra el casco de la barca y los devoraba con la boca abierta de par en par y, cuando los peces se acercaban a la barca, Alvarenga cogía un puñado con las manos. Cada pescado suponía además un premio: un hígado grande como el puño. Ese hígado era un estallido de vida y salud para él. Y rezaba y rezaba a Dios diciendo: *¿Cuándo, Dios mío, comeré el próximo hígado de pescado?* ²⁴.

A veces se preguntaba si aquel viaje sería una lección de la vida enviada por Dios. Era evidente que, por lógica, tenía que haber muerto hacía ya mucho tiempo. ¿Le habría permitido Dios seguir con vida por alguna razón? La única respuesta que encontraba era que había sido elegido para transmitir mensajes de esperanza a las personas que se planteaban la idea del suicidio. Empezó entonces a recitarse sus lecciones en voz alta: “No pienses en la muerte. Si piensas en ella, morirás, morirás... Todo saldrá bien... No pierdas la esperanza, mantén la calma”. Era el mismo mantra que, sin éxito, había intentado impartirle a Córdoba. Y ahora lo utilizaba como guía de supervivencia psicológica. “¿Qué podía ser peor que estar solo en alta mar? Era algo que podría decirle a quien se planteara el suicidio. ¿Qué sufrimiento podía haber mayor que aquél?”.

A pesar de sus oraciones positivas, estaba acorralado por el sufrimiento. Los dolores de cabeza eran constantes. El oído izquierdo le supuraba pus blanco y pegajoso. El dolor era tan punzante que le obligaba a masticar por el otro lado de la boca. Tenía la garganta inflamada como consecuencia de la infección de oído, que le había sobrecargado los ganglios linfáticos del cuello. El dolor le impedía casi tragar. Pero entonces recordó un remedio casero tradicional en El Salvador. Orinó en uno de los cubos que utilizaba para achicar agua y se llenó la boca de orina. Se enjuagó la boca con el líquido amarillo y salado y esperó a que se calentase. A continuación, escupió el líquido, en la mano ahuecada, ladeó la cabeza hacia la derecha y llenó el oído infectado con orina caliente.

²⁴ Ib. p. 169.

Repitió el proceso al amanecer, al mediodía y a la puesta de sol. Después de seis sesiones, estaba curado. “Mi madre nos lo hacía de pequeños”. La orina ayuda a limpiar las infecciones del oído, provocadas por la entrada del agua.

*Mirara donde mirara, era como si tuviera un foco enfocado directamente a los ojos. Su vista estaba mal. Las olas, por pequeñas que fueran, reflejaban la luz y la proyectaban contra su cara, él lamentaba haber perdido las gafas de sol. Un sombrero le habría resguardado los ojos y protegido la cara. El caparazón de las tortugas le servían de sombrero. Y una almohada ¡Qué no habría sacrificado por disponer de algo blando sobre lo que reposar la cabeza!*²⁵.

La falta de tortugas la suplió cogiendo tiburones de pequeño tamaño, que fueron su primordial fuente de proteínas y medicamentos. Esos tiburones no eran más largos que su brazo y además podía pasar una semana entera entre la aparición de un grupo de tiburones y el siguiente, pero cada captura significaba un banquete. Su estrategia consistía en esperar a la noche, momento en que esos pequeños tiburones se volvían más activos. Sumergía en el agua el material sanguinolento de plumas y sangre de aves y enseguida venían los tiburones dispuestos a devorar las vísceras. Puso cebos a escasos centímetros de la superficie. Así atraía a los tiburones y, cuando se detenían a comer, tenía su oportunidad. Esperaba localizar al tiburón más pequeño y, cuando se acercaba, lo agarraba por la aleta dorsal y lo izaba por la borda. Después le asestaba un golpe en la cabeza.

El hígado era blando como mantequilla y rico en vitamina A, ácidos grasos, omega 3 y nutrientes. También descubrió un uso más para el hígado. Se le ocurrió que, si se embadurnaba el cuerpo con una capa gruesa de aquella gelatina del hígado, tal vez le serviría como protector solar, y funcionó.

En otra ocasión vio el cadáver de una ballena flotando en la superficie. Centenares de aves estaban alrededor dándose un festín. Dice: *Las aves se atracaban de la carne de la ballena y luego venían a mi barca a descansar. Capturé muchas, aunque no estaba seguro de si podía comérmelas. Olían tan mal. Tuve que lavar la carne un montón de veces para que se fuera aquel hedor. Después vino una nueva ronda de generosas capturas de aves.*

Para no encerrarse en sí mismo y caer en depresión solía darse sus paseos de un extremo al otro de la barca y hablar con el mar, con las aves y con los peces. Él hablaba y se contestaba a sí mismo, haciendo más interesante su vida de solitario, perdido en alta mar.

²⁵ Ib. pp. 177-178.

Pero llegó un momento en que las reservas de pescado seco se agotaron y la bandada de aves empezó a disminuir. Incluso la reserva de agua de lluvia descendió después de una semana sin llover. Empezó a racionarse el agua y, al ver reducida su comida, empezó a sentir pánico de morir de hambre o de sed. Incluso llegó a matar a su mascota, su ave a quien llamaba Pancho. Tuvo que matarlo para comérselo por falta de otros alimentos.

En esos días parecía desarmado y sin ganas de seguir viviendo. Había visto varios barcos grandes y pedía ayuda a gritos, pero parecía que nadie lo veía o no quería darse la molestia de ayudarlo. Se estaba quedando sin fuerzas. Dice: *Estaba cansado de trabajar. Me tumbaba y estiraba el cuerpo. Mi sangre se había quedado sin fuerzas. La debilidad era también mental, demasiado tiempo pensando. Siempre estaba preocupado* ²⁶.

Mi relación con la muerte ya no era de miedo. Si moría, moría. Sería la voluntad de Dios, no me quitaría yo la vida, pero esperaba, esperaba la muerte.

Todo me daba igual. Pasaba horas contemplando el techo de la caja de la nevera, donde podía pasarme encerrado todo el día con la mente paralizada. Tenía la sensación de estar viendo mi propia muerte a cámara lenta. No era el hambre lo que me estaba matando, sino el dolor de la soledad, que era mucho más profundo. Estaba desesperado por huir de aquel bote minúsculo. Me sentía mareado, como si fuera a desmayarme en cualquier momento. Seguía con mis oraciones e intentaba ser positivo, pero mi voluntad de continuar con vida se desvanecía y sólo podía tomar decisiones de escaso calibre. Bajo la barca nadaban nuevas especies de peces —róbalos y delfines pasaban a toda velocidad por mi lado—, pero estaba tan cansado que ni me tomaba la molestia de capturarlos. Mi cuerpo se había ido. Mis fuerzas se habían ido. Apenas si podía levantar la caja de la nevera. Estaba débil. No podía parar de pensar en la muerte. Era demasiado para mi cabeza ²⁷.

Cada muerte es única y Alvarenga empezó a perder la sensibilidad en los dedos de los pies. Era como si estuviesen muertos. “Intentaba calentarlos, masajearlos —explicó. Tenía las piernas dormidas de rodillas para abajo. No podía caminar. El cuerpo no me respondía. Me daba bofetones en las piernas y no sentía nada en los pies, ni en las pantorrillas. Eran duras y sólidas. No sentía nada por debajo de la rodilla. Y aquello estaba ascendiendo por mi cuerpo”.

Cualquier movimiento, por sencillo que fuera, era todo un reto. Intentar cazar un ave era más esfuerzo del que podía permitirse. Desplegar el banco

²⁶ Ib. p. 221.

²⁷ Ib. p. 222.

donde dormía era una rutina que solía acabar de forma chapucera. Seguía teniendo las manos fuertes y buena vista, pero la coordinación entre ambas era errática. Las aves se le escapaban. Forcejeaba con tiburones que acababan volviendo al agua. Entonces empezó a captar un hedor. “Mi cuerpo era como un cadáver. Empezaba a pudrirme y morirme. ¿Estaría conservándome mejor la sal?”.

A pesar de sus intentos de reforzar la musculatura, ya era demasiado tarde. Su cuerpo se negaba a obedecer órdenes. Sus piernas empezaban a ser imbéciles y no querían hacer nada. Tenía pesadillas sobre la muerte y una fantasía recurrente, la de comprar una almohada. “Agonizaba día tras día. Había visto morir a un amigo. Veía que mi muerte iba a ser muy lenta”.

Las lluvias eran implacables. Le decía a Dios: “Tengo agua suficiente para los días que me quedan”. Y entonces, llovía aún con más fuerza. La lluvia empezó a inundar la cubierta de la barca y él sucumbió. “Siempre he sido un hombre de acción, pero entonces me limitaba a flotar”. Tumbado de espaldas, contemplaba las estrellas con un pie de agua y plumas mojándole la cara. En proa, una docena de aves enfurruñadas graznaban y se peleaban entre ellas. “Estaba secándome. Notaba que me desmayaba. Que tenía fiebre. Estaba deprimido. No me quedaba más vida. Había perdido toda mi energía. No podía aguantar más. Me estaba muriendo de desesperación. De soledad”²⁸.

Sin embargo Dios velaba por él. Un día vio una islita y su primer impulso fue lanzarse por la borda y nadar hasta alcanzar tierra firme, pero, suspicaz ante la presencia de tiburones, se detuvo. Estudió bien su destino. ¿Sería tal vez la respuesta a sus plegarias? Era una isla minúscula, no mayor que un campo de fútbol. Buscó con la mirada cabañas, caminos y barcas. Pero parecía salvaje sin carreteras, coches o casas. Rezó a Dios y le pidió que las olas lo arrastraran hacia tierra firme. Estaba a menos de medio día de tierra firme e iba directo la barca a impactar contra su salvación. ¿Y si cambiaba la corriente? Estaba muy cansado y se quedó profundamente dormido. La siesta le duró una hora y cuando despertó, se llevó una sorpresa. La isla estaba delante de él. Cortó con el cuchillo la deshilachada línea de boyas. Apostó por la velocidad en vez de la estabilidad. A primera hora de la tarde, estaba muy cerca de la orilla. Se planteó la posibilidad de lanzarse al agua, pero le daba miedo acabar ahogándose por agotamiento. Estaba lloviendo y la gotas gélidas le taladraban el cuerpo. Empezó a tiritar. Esperó a estar a diez metros de tierra, se subió a la borda y se dispuso a saltar y saltó.

²⁸ Ib. p. 223.

Las manos impactaron contra el fondo rocoso, pero él no soltó el cuchillo, que se mantuvo pegado a su antebrazo. Se incorporó y rompió a reír: el agua le llegaba a la cintura. Fue directo a tierra firme. Se descubrió incapaz de vadear, tenía los pies demasiado sensibles y la musculatura de las piernas muy débil. Las olas lo empujaban hacia atrás y tuvo la sensación de que podían llevarlo de nuevo mar adentro. Tratando de mantenerse a flote y con la cabeza por encima del agua, pataleó “como una tortuga” hasta que lo cogió una ola grande y lo empujó directamente hacia la playa, como si fuese un pedazo de madera de deriva. Cuando la ola se retiró, se quedó bocabajo en la arena. “Me llevó un minuto tocar la playa —dijo—. Cogí un puñado de arena y lo retuve como si fuera un tesoro”.

Gateando, avanzó en la playa en busca de arena seca. No volvió la cabeza hacia el agua. Su ritmo era tan lento que se le adhirieron a piernas y brazos pequeñas babosas. Las notaba también arrastrándose por el vientre y pensó que serían sanguijuelas dispuestas a chuparle la sangre. “Las tenía a docenas por todo el cuerpo”. Con las últimas fuerzas que le quedaban, se encaramó a un tronco, a cinco metros del suelo, y se protegió de la lluvia bajo el toldo improvisado de una palmera. La barca empezaba a alejarse, arrastrada por las olas. El barril de plástico azul había desaparecido. Vio que dos de las aves cautivas habían conseguido escapar. Con las alas fracturadas, caminaban como patos por la playa, lisiadas pero libres.

Con el cuerpo y la cabeza superados por el agotamiento y la confusión, cayó dormido. Cuando se despertó, se encontró de nuevo cubierto de babosas o sanguijuelas. Se las arrancó con rabia. Su cuerpo era como un caparazón desgastado. No sólo tenía los pies sensibles como los de un recién nacido, sino que además tenía los músculos de las pantorrillas atrofiados y tan débiles que ni siquiera eran capaces de soportar el peso de su cuerpo ni de bombear correctamente la sangre hacia el corazón.

Gateando como un bebé, se dirigió a una pequeña elevación con la esperanza de avanzar antes de que anoheciera y alejarse lo más posible del mar. Mientras gateaba por el terreno rocoso, se detuvo a rezar. Había estado al borde de la muerte en tantísimas ocasiones que estaba seguro de que en todo ello había la intervención de una mano divina ²⁹.

*La isla estaba cubierta de cocos verdes y de haberse fijado bien habría visto que había plantas recién cortadas con machete. Nos dice: *Empecé a recoger los cocos que encontraba a mi alrededor, arrastrándome lo mejor que pude. Abrí un coco con una piedra y empecé a comer cocos. Mi estómago se sentía feliz. Mis**

²⁹ Ib. pp. 232-233.

entrañas estaban locas de contento, llevaba mucho tiempo sin saborear nada de ese estilo ³⁰. Cerca de esa isla minúscula había otra más grande y vio una camiseta roja de manga corta. La isla estaba habitada y escuchó el canto de un gallo.

Intentó recorrer el canal de 150 metros, que separaba ambas islas, y grito: *¿Hay alguien ahí?* Emi Libokmeto apunta: *Oí los gritos y vi al hombre blanco. Se le veía débil y hambriento. Y se me acercaba. Mi marido estaba con miedo e insistió en que entráramos en casa y nos escondiéramos. Pero yo no tenía miedo. Solo con verlo sentía lástima y le dije a mi marido que corriera a buscar ayuda*³¹.

Alvarenga tenía un cuchillo en la mano y Emi le gritó en inglés: *Suéltalo, suéltalo*. Él titubeó, porque necesitaba el cuchillo para abrir cocos y trinchar la carne de los animales, pero lo tiró. Estaba demasiado agotado para poder dar explicaciones. Desarmado y apenas capaz de tenerse en pie, cayó de rodillas y se puso a rezar. Emi se sintió impulsada a correr en ayuda del desconocido.

Emi y su esposo Russel avanzaron hacia él, que continuaba de rodillas y entonces gritó hacia el otro lado de la isla cercana: *Mi barca, mi barca*. Russel lo sujetó y descubrió que temblaba mucho, se lo cargó a la espalda y cruzó el canal con él. Dice: *Lo llevamos a nuestra casa, le dimos un vaso de agua. La engulló a toda velocidad. Le serví otro vaso de agua. Y él empezó a llorar*. Emi y Russel también lloraron. Emi afirma: *Le dije a mi marido que lo abrazara y lo consolara, dándole golpecitos en la espalda como hacen los blancos*. Lo vistieron con un jersey, un pantalón, unos calcetines y unos zapatos de Russel. Emi le preparó unos panqueques, mientras su marido salía a recoger cascara de coco para echar al fuego. Emi quería convencerlo que se bañara, pero él declinó el ofrecimiento, indicándole que tenía demasiado frío y acercó más la silla al fuego.

Emi preparó panqueques y según los iba del sartén, él se los comía. Al final solo quedó uno para Russel y otro para Emi. También le sirvieron pulpa de coco y vasos de leche de coco. Después pudo convencer a Russel para que matara uno de los pollos.

Alvarenga había tomado tierra en el islote de Tile, una pequeña isla que forma parte del atolón Ebon en el extremo sur de las 1.156 islas que integran las Islas Marshall y uno de los rincones más remotos del planeta. Había recorrido 11.600 kilómetros a la deriva durante 438 días. Su barca se la regaló a Russel.

³⁰ Ib. p. 235.

³¹ Ib. p. 241.

Al día siguiente le sirvieron arroz con pollo y Emi le indicó que rezara y diese las gracias por la comida. Alvarenga rezó y luego se echó un montón de sal en la comida y comía con las manos con fruición. Russel por su parte fue al centro de la isla para dar la noticia. Estando allí en la casa de Emi vinieron de la isla grande un hombre uniformado, que parecía policía, y tres pasajeros más. Lo interrogaron para saber su historia. A la mañana siguiente llegó a la isla grande, donde vivían 692 personas, un barco de la policía nacional y lo llevaron a la capital de las islas Marshal, a Majuro, después de 23 horas de navegación. Allí lo internaron en un hospital. El 6 de febrero de 2013 fue dado de alta.

La noticia corrió por todo el mundo. Era el hombre que había sobrevivido en medio del mar solo durante 14 meses, más de un año, y era una noticia mundial. Desde Majuro pudo mantener una videoconferencia con su familia en El Salvador. Los periodistas lo seguían a todas partes y él los llamaba *cucarachas*, porque no lo dejaban en paz. Su hija Fátima, de 14 años, vivía en Guatemala con su madre. La embajada de Estados Unidos estableció su evacuación en avión, haciendo escalas en Hawái y Los Ángeles. Después de 15 horas de vuelo y 15 de escalas. Llegó a su tierra de El Salvador, donde se encontró con su hija Fátima y sus padres. Al encontrarse con su madre se abrazaron y ambos rompieron a llorar. *A pesar de no rezar en voz alta ni verbalizar su vigorosa creencia en un Dios celestial, se sentía protegido por él. Ahora compartía con su madre una fe inquebrantable. Su madre rezaba y él daba gracias. Cuando su hija Fátima entró en la habitación acarició a su padre y vio sus tatuajes y su profundas cicatrices. Cuenta: No me presionó sobre nada. Yo solo conseguí articular un par de palabras. Me gustó que me tocara la cabeza y sentir su presencia. Fátima dice: Tenía una gran sonrisa, pero no estaba allí, era como si estuviera aún naufragando.* Le asustó ver las piernas de su padre tan hinchadas y brillantes. Pero estaba eufórico. Sus oraciones habían obtenido respuesta. Él le explicó que ella era la razón por la que había sobrevivido en el mar, lo mucho que había luchado por seguir con vida y poder verla para ayudar a criarla. *Le pedí a Dios estar contigo, que nos dejase estar juntos* ³².

En marzo de 2014 fue a ver a sus amigos de Costa Azul en México, pero ya no quiso seguir de pescador entre ellos. Su vida había cambiado por completo y tenía a su hija a quien cuidar.

Él nos deja un mensaje: *Sufrí mucho, no tenía comida, no tenía agua. Si yo pude conseguirlo, también tú puedes. Si una persona con depresión evita el suicidio gracias a leer esto, el libro ya habrá sido un éxito. Sé fuerte. Piensa en positivo. Si empiezas a pensar en sentido contrario, te abocarás al fracaso.*

³² Ib. p. 288.

*Cuando pienses en la supervivencia tienes que tener la mente relajada. No pienses en la muerte, si piensas en ella, morirás. Tienes que sobrevivir y pensar en tu vida futura, en que la vida es bella. ¿Cómo te imaginas que vas a afrontar a partir de ahora la vida? En la vida hay retos y castigos, pero siempre hay que luchar*³³.

Por mi parte, yo te diría con este poema:

*No te des por vencido, ni aun vencido.
No te sientas esclavo, ni aun esclavo.
Trémulo de pavor, piénsate bravo
y arremete feroz ya mal herido.
Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo.
No la cobarde intrepidez del pavo,
que amaina su plumaje al primer ruido.
Procede como hombre, lucha y reza.
No llores por debilidad o cobardía.
Sé como el robledal, cuya grandeza
necesita del agua y no la implora.
Sé valiente y serás grande. Lucha y ¡adelante!
Que al final llegará el triunfo
y Dios, que te mira desde el cielo,
te premiará tus trabajos y sudores. ¡Adelante!*

SOBREVIVIENTES EN LAS MONTAÑAS DE LOS ANDES

Cuando el 12 de octubre de 1972 subimos al avión de la fuerza aérea uruguaya, la alegría era el común denominador, alegría que no cesó a pesar del contratiempo de tener que pasar la noche en Mendoza (Argentina), por el mal tiempo que volvía muy peligroso el cruce de la cordillera de los Andes³⁴.

De nuevo tomaron el avión el viernes 13 de octubre para dirigirse a su destino final en Santiago de Chile, donde iban a jugar un partido amistoso de rugby. En total iban en el avión 45 personas con los jugadores y algunos amigos y familiares. Al comenzar el viaje, en el avión había un jolgorio total. Caminaban de un lado a otro e iban de broma en broma.

³³ Ib. p. 304.

³⁴ Coche Inciarte, *Diario de un superviviente*, Ed. Guante Blanco, Almería, 2019, p. 16.

Pero al subir por la cordillera de los Andes, el avión comenzó a vibrar por el mal tiempo y, en cierto momento, se oyó como una gran explosión. Habíamos chocado contra la montaña en plena cordillera. De inmediato, cesó el rugir de los motores, la cabina dejó de vibrar y solo un fuerte silbido y la entrada de aire indicaban que el avión se había partido, abierto o quebrado en alguna parte. Aire, nieve y combustible pegaban en mi cuerpo... Yo tenía 24 años y tuve pánico de morirme en los próximos segundos. Lo vi todo claro. Mirando hacia atrás, no podía creer que faltaba la mitad del avión en donde estaban algunos de mis amigos. Al principio reinaba un silencio absoluto. Después empezaron los gemidos, los llantos, los gritos, los pedidos de auxilio y el preguntarnos ¿qué pasó? Todos fuimos en ayuda de los heridos, que clamaban desesperadamente por alivio ³⁵.

Sacaron un caño de la panza de Enrique Platero, arreglaron la pierna de Alvarito. Siguieron ayudándose hasta que cayó la noche y con ella ese nuevo frío que duele y lastima, vestidos todos con ropa ligera. En la primera semana, incluyendo la caída del avión, murieron 18 y quedaron 27, de los cuales 24 sanos. Deberían haber muerto todos, pero parecía un milagro que hubiera 24 sanos sin problemas graves. Roberto Canessa, estudiante de medicina de primer grado con sus 19 años, comenzó a ayudar a los heridos y otros lo apoyaron. Como la mayoría pertenecía al equipo de rugby, formaban un equipo de conocidos y amigos. En esos momentos, todos formaron un grupo unido para ayudarse mutuamente.

Hicieron una gran cruz fuera del fuselaje del avión para orientar a los rescatistas, que esperaba que vendrían a salvarlos y marcaron un gran SOS con sus pisadas sobre la nieve, pero fue en vano.

Para ayudar a los heridos, el agua de colonia era el desinfectante, las hojas de afeitar, bisturís; y las camisetas de rugby, vendas. Roy Harley consiguió hacer funcionar una pequeña radio portátil encontrada en una maleta y en ella conocieron que el 23 de octubre ya no había aviones buscándolos. Estaban solos, abandonados a su suerte.

Los alimentos del avión se repartían equitativamente entre todos, pero llegaron a la conclusión de que no morirían de frío o de sed, sino de inanición por falta de comida. Lo único de que disponían era nieve, rocas y hombres vivos y muertos. Fue entonces cuando tomaron por unanimidad la decisión de comer la carne de sus compañeros muertos. No había otra manera de sobrevivir. Entre ellos se juraron que, en caso de muerte, entregaban su cuerpo para que los otros

³⁵ Ib. pp. 32-33.

vivieran. Fue como un pacto de entrañable amor entre ellos, aunque no todos lo aceptaron en el primer momento, pero poco a poco todos lo aceptaron.

Coche Inciarte no podía comer esa carne, le venían arcadas. Sus amigos le obligaban a comer. Bajó 45 kilos en total. Poco a poco, se acostumbró a comer carne humana y ayudó a cortar la carne de sus amigos muertos. Se repartía la carne, bien cortadita en porciones bien racionadas; no para saciar el hambre, sino para ingerir algo de energía que prolongase la vida.

Algunos; como Arturo Nogueira, se dedicaba a derretir la nieve gota a gota para tener agua para beber. Fito ideó una forma práctica de conseguir agua de la nieve y fabricó lentes para protegerse del sol y del reflejo de la nieve. Cuando Coche Inciarte estuvo inmovilizado por una pierna gangrenada, le servía agua y comida. Numa murió el 11 de diciembre, porque gastó mucha más energía de la poca que podía obtener. Fue un hombre extraordinario.

Algunos se dedicaban, aunque estuvieran heridos, a hacer chistes y bromas para divertir a los demás y que no se apoderara de ellos la depresión y la angustia. Carlitos era el que promovía y rezaba el rosario diario. Rezaban la Salve y en ella se habla del *Valle de lágrimas*, que era precisamente el nombre que tenía el lugar donde habían caído. Carlitos les hacía rezar a todos el rosario, estuviesen con Dios como amigo o disgustados con él, porque algunos le reclamaban qué habían hecho para merecer un castigo así. En los 72 días que estuvieron perdidos en la montaña eran las personas más pobres del mundo, los más desposeídos, los más olvidados y dados por muertos, soportando la sed y el frío, y alimentándose de sus amigos. Pero el rezar les daba sosiego.

El 29 de octubre ocurrió otra desgracia, vino un alud de nieve de la montaña y entró por la parte trasera de la parte del avión en que estaban, solo protegida por maletas. La nieve los cubrió totalmente y estuvieron tres días sin poder salir ni ver el sol.

Dice Coche Inciarte: *Fue como si oyese a lo lejos una tropilla de 300 caballos a galope tendido, viniendo hacia nosotros. Miré hacia el boquete del fuselaje, que estaba tapiado por toda clase de cosas, cuando como en una explosión todo voló hacia dentro, cayendo encima de nosotros, seguido de toneladas de nieve que aprisionaron nuestros cuerpos* ³⁶.

Excavamos como animales para lograr que otros vivieran con las únicas herramientas que teníamos: nuestras manos lastimadas y cortadas por el hielo, ya insensibles al dolor y con nuestros pulmones a punto de explotar por el

³⁶ Ib. p. 62.

esfuerzo inimaginable (y la falta de aire en aquellas alturas). Tratamos de destapar solo las caras para que pudieran respirar. Perdimos a ocho amigos y también a Liliana, la única mujer del grupo (en los primeros días habían muerto la madre y la hermana de Nando Parrado).

Comprimidos contra el fuselaje y en una burbuja de aire rodeada de nieve y hielo estuvimos tres días. Fue lo peor de todo, espantoso y terrible, solo sufrir y sufrir. Sin oxígeno, los vivos y los muertos apretados unos contra otros sin posibilidad de estirar ni una pierna. Todo oscuro sin saber si era de día o de noche. Por fin, al tercer día, pudimos hacer entrar aire que la llama de un encendedor nos indicaba que ya estaba a punto de extinguirse. Nuestra ropa estaba mojada y la desesperación crecía, pensando que ya nadie nos encontraría. A Inciarte la inmovilidad de esos tres días le produjo gangrena en la pierna derecha.

Ese tercer día se consiguió hacer un túnel hacia la cabina del piloto. Después de horas de trabajo arduo, se llegó a la ventanilla y hubo que abrirla a fuerza de patadas. Finalmente se abrió. La nieve que la cubría estaba suelta y sin trabajo pudimos iniciar el ascenso hacia la liberación de la nieve que nos cubría³⁷.

Dice Coche Inciarte: Recuerdo con inmensa emoción la idea de que alguien más estaba con nosotros. Por primera vez sentí que Dios estaba allí y se expresaba a través de los hombres allí sentados. Era Jesús... Es muy difícil transmitir en palabras las sensaciones y sentimientos de una presencia divina³⁸.

Organizaron varias expediciones para ver si encontraban una salida hacia la libertad, pero no la encontraron. Sí pudieron ver la cola del avión que se había desprendido con el impacto y donde habían muerto algunos de sus amigos. Allí, en la cola del avión, encontraron en la cocina restos de comida, un par de empanadas congeladas y encontraron decenas de cartones de cigarrillos, abrigos y una botella de ron, un kilo de azúcar, empanadas mendocinas a medio comer y las baterías del avión, baterías que todavía tenían carga. Con las baterías prendieron luz y escucharon una radio del avión, que funcionaba con electricidad. Otra cosa que encontraron en la cola del avión y que les salvó la vida a los últimos expedicionarios fue tela aislante para confeccionar bolsas de dormir.

Los tres escogidos para la definitiva expedición, a vida o muerte, fueron Nando Parrado, Tintín y Roberto Canessa. Les oprimía el hecho de salir del

³⁷ Ib. pp. 64-65.

³⁸ Ib. pp. 66-67.

avión con mucha debilidad, por la nieve con poca agua y con carne humana. Partieron el 12 de diciembre de 1972 a las siete de la mañana. Hicieron un esfuerzo por subir una montaña y se sentían marear por la falta de aire en aquellas alturas. Pensaban que la travesía duraría dos o tres días. Los días anteriores habían comido más carne que los demás para tener más fuerzas y habían descansado para prepararse.

Canessa dice que, al finalizar el primer día de caminata, sintió que debía mantener la calma y la fe en sus posibilidades y que Dios una vez más no fallaría³⁹. No sabían dónde había un lugar apropiado para dormir. Y nos afirma Canessa: Fue entonces y contra todas las previsiones que surgió una piedra ligeramente inclinada junto a la cornisa del abismo, una saliente que estaba sin nieve, porque el viento la había barrido, donde eventualmente podríamos intentar pasar la terrible noche, guarecidos en la bolsa de dormir. No lo podíamos creer como tampoco podíamos creer que inmediatamente que extendimos la bolsa de dormir sobre los cojines que usamos como raquetas de nieve para aislarnos de la roca helada, se calmó el viento y de la oscuridad surgió la luna y visualizamos ante nosotros esa pendiente abrupta que escalamos. Comenzaron a refulgir las estrellas. El silencio era tan profundo que se podía tocar. Pero lo más sorprendente fue que la principal incógnita que quedaba, si la bolsa de dormir funcionaba en la alta montaña, definitivamente se develó que sí. Los tres nos miramos incrédulos, porque el invento funcionaba⁴⁰.

Estábamos a 4.500 metros de altura y seguimos subiendo la montaña con dificultad. Esa tarde, con tiempo, elegimos un buen lugar para dormir. Subí a la cima donde me esperaba Nando. Era la cima verdadera y estaba a 5.180 metros como lo supimos después. Miré al este y al oeste y todo era un infinito de montañas nevadas con el común denominador de que todas parecían infranqueables para las escasas fuerzas que nos quedaban⁴¹.

Decidieron que Tintín regresara al fuselaje, porque así era uno menos que comía y porque estaba bastante extenuado. Continuaron los dos: Nando y Canessa. El cuarto día amaneció con un sol esplendoroso. El frío de 30 grados bajo cero de la noche había resquebrajado la botella de agua. Los dos sabían que probablemente morirían, pero que la muerte no la sacarían gratis, porque le darían batalla. Bajaron de la cumbre de la montaña como en tobogán, deslizándose y así lo hicieron deprisa.

³⁹ , p. 92.

⁴⁰ Ib. p. 91.

⁴¹ Ib. p. 101.

Canessa refiere: *Por la falta de oxígeno y el cansancio, se me bajaba la presión y el corazón me latía demasiado rápido. Me detenía para descansar y recuperarme diez o veinte segundos y luego seguía. Otros treinta y tres pasos. Respiraba como una locomotora... En la mañana habíamos oído el ruido de aludes y había que rezar para que no vinieran en nuestra dirección* ⁴².

Después de haber bajado bastante de la montaña, sintieron que había más oxígeno y podían respirar mejor. El 19 de diciembre advirtieron que la nieve comenzaba a alternarse con un terreno pedregoso, con grava suelta, que a veces se tornaba terroso. Y vieron un torrente, el nacimiento de un río. Y la nieve terminó de repente. Roberto nos dice: *A dos metros vi una lagartija, mirándome fijamente. Me daba cuenta que, al dejar de ver la nieve, se diluía lo inorgánico de la muerte. Había agua, lagartijas y un poco más allá divisaba un manchón de verdolaga. Me parecía que estaba a las puertas del paraíso* ⁴³.

En ese lugar los torrentes tenían un ancho de 30 metros. Por allí no se podía cruzar. Retrocedieron para intentar atravesar el primer río en un lugar menos impetuoso, porque adivinaron que adelante sería cada vez peor.

Y anota Roberto Canesse: *Llegamos a un lugar del río donde había piedras que podíamos saltar. Nando saltó de roca en roca a la otra orilla. Atrás fui yo y salté de una piedra a otra y, cuando llegué a la última, como no tenía fuerzas para saltar con la mochila, le grité para que la recogiera. La tiré y cayó al agua y con ese golpe se rompió la botella de ron que impregnó la carne con gusto a alcohol y los vidrios se adhirieron a las medias que la contenían. Logramos cruzar. Junto al torrente había vegetación achaparrada y retorcida por el viento y el frío.*

Después juntamos unos manojos de leña y armé el fuego con el encendedor que llevábamos en la mochila. La llama se extendió y se encendió una fogata. Nando observaba embelesado. Frotamos las manos heladas junto a las llamas. Abrimos la media de rugby con carne y grasa y advertimos que la parte de abajo había adquirido un tono verdoso y se empezaba a descomponer por la temperatura más alta. Comimos carne y grasa con sabor a ron.

Después divisamos junto a unos árboles lejanos dos vacas. Caminamos dos horas y encontramos un sendero estrecho, donde vimos huellas de caballos, vacas y lo que parecía de ovejas y cabras ⁴⁴. *Más allá vimos un rústico corral de piedras con una tranquera hecha con troncos para encerrar animales. Y de*

⁴² Ib. pp. 118-119.

⁴³ Ib. p. 131.

⁴⁴ Ib. pp. 129-134.

improviso vi al otro lado del río una sombra que se movía. Era la silueta de un hombre a caballo. Llegamos junto a él, separados por el río. Vi pasar primero a un niño de unos diez años a caballo y detrás el jinete. Comenzamos a gritar, saltando y gritando, repitiendo la palabra avión. De pronto, el hombre nos hizo señas con las manos y gritó una palabra que identificamos claramente a pesar del río: “Mañana” y desaparecieron.

Subimos unos cien metros hasta un monte con árboles para guarecernos y encendimos una fogata. Eran las ocho de la noche del 20 de diciembre de 1972. Habían transcurrido 69 días desde el accidente. Al día siguiente, vimos al otro lado de la orilla un fuego gigantesco para que nosotros lo viéramos. Nando divisó tres hombres sentados en rocas al calor de la hoguera. Descubrió al mismo hombre del día anterior. Atrás había tres caballos. El hombre conocido se aproximó a la orilla. Tomó un papel del bolsillo y escribió algo y ató el papel y un lápiz pequeño alrededor de una piedra y la lanzó a nuestro lado. Nando la recogió y leyó: “Está de camino un hombre al que he mandado hasta aquí. Dígame lo que desea”. Nando escribió: “Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo. Hace 10 días que estamos caminando. Tengo un amigo herido arriba. En el avión quedan 14 personas heridas. Tenemos que salir rápido de aquí y no sabemos cómo, no tenemos comida. Por favor, no podemos ni caminar. ¿Dónde estamos?”

El campesino chileno antes de marcharse fue hasta su caballo envolvió unos panes y un queso en un trapo con otra piedra y volvió a arrojarlos a través del río. Nando lo tomó y devoramos en un instante los panes y el queso. Dos horas más tarde se presentó un jinete, un indígena mapuche con ropas muy pobres, con el caballo flaco y huesudo, con arreos viejos y gastados. Nos dijo que se llamaba Armando Serda y que el hombre a quien habíamos visto y que lo mandó se llamaba Sergio Catalán, quien fue al puesto de carabineros a ocho horas a caballo para informar⁴⁵.

*Guiados por el campesino mapuche llegaron a dos pequeñas y rústicas cabañas de madera, con techos de ramas. Cuando llegaron se asomó otro campesino con rasgos nativos de los Andes, quitándose el sombrero en gesto humilde y respetuoso. Era Enrique González. Nando preguntó dónde estábamos y le dijeron: *En los Maitenes*. Roberto añade: *Vi un queso fresco y pregunté si lo podía comer y me llevé el queso a la boca. Un bocado y otro y otro. Masticaba con voracidad sin masticar. Nando hacía lo mismo. Los dos campesinos nos miraban sorprendidos. Después, González sacó una olla del fuego y con un cucharón de madera sirvió dos platos humeantes de porotos con fideos y trozos**

⁴⁵ Ib. pp. 136-150.

de carne. Queso, frijoles, carne, grasa y pan. Nunca experimenté un cúmulo tan intenso y variado de sabores extasiantes.

A las seis de la tarde llegó Sergio Catalán con diez hombres a caballo, que eran carabineros. El sargento que los comandaba tenía prisa por saber qué ocurrió. Desplegó un mapa y preguntó dónde estaba el avión. Buena parte de la noche la pasamos respondiendo a las preguntas de los carabineros, sin mencionar nada de la comida, como habíamos acordado. Catalán fue el único que nunca nos formuló una pregunta ⁴⁶.

Al día siguiente por la mañana una turba de periodistas se presentaron para hacer preguntas y poder tener las primicias de la gran noticia. A media mañana vinieron los helicópteros de rescate y aterrizaron en un pastizal a nuestro lado. Les indicaron a los pilotos el lugar del accidente. Les decían que eso era imposible y que no sabíamos leer el mapa. Ellos les repetían: *Están allí. Si no nos creen, se mueren. Ni siquiera sabemos si siguen vivos.* Nando se decidió a ir con ellos para señalarles el lugar. Los rescataron a los del avión en dos turnos y los llevaron a todos al hospital para observarlos y estabilizarlos, pues estaban muy deshidratados y anémicos, pero ya la noticia había corrido por el mundo. Al fin, pronto pudieron ir a su país y regresar sanos a sus casas con sus familias. Eran 16 los sobrevivientes.

Coche Inciarte repetía: *Fue un milagro salvarnos luego de haber chocado contra una montaña en un avión que viajaba a más de 400 kilómetros por hora. Fue un milagro sobrevivir al alud que sepultó el fuselaje del avión mientras dormíamos. Fue un milagro que Canessa y Parrado, desnutridos, pudieran caminar durante siete días por la nieve o escalar montañas de seis mil metros de altura sin contar con ropa de abrigo. Fue un milagro que Parrado encontrara junto a la fuerza aérea de Chile el lugar exacto donde había quedado el avión con nosotros adentro. Para mí fue un milagro.*

Como conclusión pueden reflexionar en la palabra del doctor Barnard:

⁴⁶ Ib. pp. 151-155.

PIENSA EN GRANDE Y LLEGARAS A SER GRANDE

*Si piensas que estás vencido, lo estás.
Si piensas que no te atreves, no lo harás.
Si piensas que te gustaría ganar, pero que no puedes,
es casi seguro que no lo harás.
Si piensas que perderás, has perdido ya.
En el mundo encontrarás
que el éxito comienza por la voluntad.
Todo depende de nuestra actitud mental.
Por eso, muchas carreras se han perdido
antes de haberse corrido.
Y muchos cobardes han fracasado
antes de haber comenzado la carrera.
Si piensas cosas grandes, llegarás a ser grande.
Si piensas en pequeño, te quedarás atrás.
Piensa que puedes y podrás.
Tienes que pensar con firmeza para elevarte
y conseguir tu ideal.
Tienes que estar seguro de ti mismo
para poder conseguir el triunfo.
La batalla de la vida no siempre corona
al más fuerte o al más ligero.
Tarde o temprano, el hombre que triunfa
es aquél que cree poder triunfar.*

Y la Madre Teresa Calcuta decía:

*Sigue, aunque todos esperen que abandones.
No dejes que se oxide el hierro que hay en ti.
Cuando por los años no puedas correr, trota.
Cuando no puedas trotar, camina.
Cuando no puedas caminar, usa el bastón
o la silla de ruedas.
Pero nunca te detengas. Adelante.*

Dios confía en ti y espera mucho de ti y quiere que le ayudes en la gran tarea de la salvación del mundo.

SIEMPRE ADELANTE

*Si sientes que no puedes lograr algo,
no te desanimes.
Piensa en el ave, que paja a paja hace su nido.
Piensa en el sol, que alumbra
los espacios siderales
hasta llegar a su destino;
en la planta que lucha por florecer,
a pesar del viento frío;
en la hormiga que carga un granito de trigo,
en la roca, que es perforada
por el constante rocío;
en el niño pequeño que a hablar ha aprendido.
Y en Dios que, en su inmenso amor,
siempre está contigo.*

*Y, si alguna vez fracasas,
después de haberlo intentado todo,
recuerda que haber fracasado
no significa que eres un fracasado;
significa que todavía no has tenido éxito.
Fracaso no significa que no has logrado nada,
significa que has aprendido algo.
Fracaso no significa falta de capacidad,
sino que debes hacer las cosas
de distinta manera.
Fracaso no significa que Dios te ha abandonado,
sino que Dios sigue esperando
y confiando más en ti.*

Una vez se organizó una carrera de ranas, que debían subir a lo más alto de una torre. Al principio, todas salieron con entusiasmo para alcanzar la meta, pues el premio era extraordinariamente grande. Pero los espectadores, ya desde que comenzó la carrera, empezaron a burlarse de ellas y les decían a gritos: *Nunca podréis alcanzar la meta, eso es imposible. ¿Por qué no desistís de vuestro empeño? Sois unas locas. Nadie podrá jamás alcanzar semejante altura...* Y tanto era lo que se reían y se burlaban que, poco a poco, las corredoras fueron desistiendo y retirándose, porque llegaron a convencerse de que, realmente, era imposible llegar a la cima.

Pero una ranita subía y subía sin importarle lo que decían las otras. Y tanto empeño puso que, al final, consiguió llegar y conseguir el premio. Todos los

espectadores estaban confundidos, no lo podían creer. Así que los periodistas fueron rápidamente a hacerle una entrevista y a preguntarle cómo era posible que hubiera alcanzado algo que parecía realmente un sueño inalcanzable. Y la ranita, sólo decía: *¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?* Resulta que era sorda y ella había creído que todos la estaban animando con sus palabras; cuando, en realidad, era todo lo contrario.

La moraleja es clara: nuestras palabras, buenas o malas, pueden hacer mucho bien o mucho mal en los que nos oyen. Es importantísimo dar siempre palabras positivas y palabras de aliento a los demás. Y, a la vez, hay que hacer oídos sordos a todos aquellos que creen que nunca podremos realizar nuestros ideales y nuestros sueños.

Así que tú sigue siempre ADELANTE y nunca bajas la guardia ni tires la toalla, porque Jesús espera mucho de ti y te necesita para hacer felices a los demás.

SOBREVIVIENTE EN LA SELVA

Juliana Koepcke, una joven de 17 años, nacida en Lima de padres alemanes, el 24 de diciembre de 1971 cayó de un avión que explotó a 3.000 metros de altura a causa de un rayo que cayó sobre el ala derecha del avión en medio de una gran tempestad. Fue la única sobreviviente de la tragedia en la que también murió su madre. Y pudo sobrevivir caminando once días en la selva peruana hasta encontrar personas que la pudieron ayudar y así salvarse de una muerte segura en medio de los peligros de la selva y de su extrema debilidad por falta de comida.

Ella nos dice: Si hubiese sido una niña de ciudad, no habría logrado volver a la vida como lo hice. Mi suerte fue que antes ya había pasado algunos años de mi corta vida en la selva amazónica. En 1968 mis padres (investigadores de la fauna y flora de la selva) habían conseguido hacer realidad su sueño de establecer una estación de investigación biológica en la selva peruana. En aquella época yo tenía catorce años y no me entusiasmaba demasiado la idea de separarme de mis amigas de Lima y mudarme al páramo con mamá y papá, el perro, el periquito y todos nuestros enseres. Así lo veía a esa edad, a pesar de que mis padres me habían llevado consigo en sus expediciones desde que era pequeña.

Viví casi dos años en Panguana (cerca de Pucallpa, donde sus padres tenían su estación biológica). Ellos mismos me instruían en las materias escolares y además asistía a la escuela de la selva, donde conocí sus reglas, sus leyes y sus habitantes. Me familiaricé con el mundo de la flora y abrí el corazón al universo

de los animales; no en vano era hija de dos conocidos zoólogos. Mi madre María era la ornitóloga número uno del Perú. Mi padre es el autor de una importante obra de consulta sobre fauna y flora.

En Panguana, la selva amazónica se convirtió en mi hogar, allí aprendí a distinguir cuáles son sus verdaderos peligros y cuáles lo son solo en apariencia. Aprendí, asimismo, las reglas de conducta que el ser humano necesita observar para sobrevivir en condiciones tan extremas. Ya de niña mis sentidos se afinaron para percibir el increíble milagro que alberga aquel ambiente, uno de los de mayor biodiversidad del mundo. Fue entonces cuando nació mi amor por la selva.

La tragedia sucedió el 24 de diciembre de 1971 en el avión de la compañía aérea LANSA. Esta compañía ya había tenido dos accidentes hacía poco tiempo, donde habían caído los dos aviones y muerto sus pasajeros. Este avión fue el tercero y el único que le quedaba a la compañía, que, después del accidente, desapareció y perdió el derecho de seguir operando. Mi padre nos había dicho a mi madre y a mí que por ningún motivo subiéramos a un avión de esa compañía. Pero yo acababa de terminar mis estudios de secundaria. El 23 de diciembre tenía lugar la solemne entrega de las libretas de notas y la noche de la víspera estaba organizado el primer gran baile de mi vida, la fiesta de promoción.

Le pedí a mi madre que en vez de viajar el 22 lo hiciéramos el 24 para poder asistir al baile y a la entrega de notas. Tuvo que cancelar el billete en el vuelo de otra compañía y sacarlo en LANSA, pues no había otra opción. Cuando el 24 temprano fuimos al aeropuerto, había mucha gente que quería viajar para pasar las Navidades con su familia. Por fin pudimos embarcar mientras muchos se quedaban en tierra.

El vuelo normal de Lima a Pucallpa es de una hora. Aquel día los 30 primeros minutos transcurrieron con total normalidad. Todos estaban de buen humor y contentos de poder pasar las Navidades en casa. Sirvieron el desayuno, que consistió en un sándwich y una bebida. Diez minutos después las azafatas empezaron a recoger los restos. De pronto, entramos en un frente tormentoso. El piloto no se desvió de la tormenta sino que voló de frente para atravesar cuanto antes la tormenta. Estábamos rodeados de nubes negras que parecían lúgubres criaturas. El avión empezó a sacudirse como un muñeco de trapo. Los pasajeros gritaban y comenzaron a caerles en la cabeza los objetos de los compartimentos para el equipaje de mano. Era una lluvia de maletines, flores, paquetes, juguetes, obsequios envueltos en papel de regalo, vestidos, etc.

Mi madre dijo: *Esperemos que esto tenga un buen final...* Al momento un resplandor blanco cegador sobre el ala derecha del avión ¿Un rayo que acababa

de caer o sería una explosión? Pierdo la noción del tiempo. Esa luz blanca resplandeciente me ciega y oigo a mi madre decir con absoluta serenidad: *Ahora se acaba todo.*

El morro del avión giró hacia abajo en sentido perpendicular. Estábamos cayendo y la caída del avión para mí fue en un abrir y cerrar de ojos, pues en un instante habían desaparecido los chillidos de las personas y se había borrado de un plumazo el tronar de las turbinas. Mi madre ya no estaba a mi lado y yo ya no estaba en el avión. Tenía el cinturón abrochado y estaba sentada en mi asiento, pero estaba sola, cayendo de tres mil metros de altura. Al caer oía el soplar del viento y ese sonido colmaba mis oídos.

Lo más verosímil es que el rayo y la violenta tormenta partiera el avión en muchos trozos. Nosotras dos debimos de estar sentadas en uno de los sitios de rotura junto con la fila de asientos. Lo único que me acuerdo es de estar cayendo y me doy cuenta de lo que pasa con absoluta claridad. Pierdo el conocimiento y el siguiente recuerdo que tengo es de estar colgada con la cabeza hacia abajo y de que la selva tropical se me acerca en lentos movimientos circulares. No es ella la que se me acerca., sino que yo me aproximo a ella. Las imágenes son borrosas y cierro los ojos. Me doy cuenta de lo que ha pasado. He caído del avión y me encuentro en medio de la selva. Jamás olvidaré el cuadro que tengo al abrir los ojos: las copas de los gigantescos árboles y una luz dorada, que hacía brillar todo lo verde en tonalidades diferentes.

No tengo miedo y me doy cuenta de que estoy sola: mi madre, que estaba sentada a mi lado, ha desaparecido. Su hueco está vacío. Miro el reloj que me habían regalado el día de mi confirmación. Oigo su fino tictac, pero me cuesta mucho leer la esfera. Mi ojo izquierdo, estaba cerrado por la hinchazón y con el ojo derecho veía poco por ser corta de vista y mis gafas habían desaparecido. Después de descansar un rato, me doy cuenta de que tengo la clavícula derecha fracturada. En la pantorrilla izquierda descubro un corte de unos cuatro centímetros de largo. Después me pongo a buscar a mi madre y a llamarla a gritos, pero nadie contesta.

Algo desconcertante es la enorme humedad. También los olores de la selva son extraños, con frecuencia huele a putrefacción enmohecida. En el entramado de ramas y plantas puede haber serpientes venenosas o no, que están camufladas a la perfección de manera que a menudo no se las ve, porque parecen ramas de los árboles. También hay una descomunal cantidad de los más variados insectos, que son los verdaderos reyes de la jungla. Saltamontes, chinches, hormigas, escarabajos y mariposas de los colores más vistosos. Y muchos mosquitos a los que les encanta chupar sangre humana así como moscas que ponen sus huevos bajo la piel o en el interior de las heridas. Abejas silvestres sin

aguijón, que si bien no hacen daño, les gusta posarse en enjambres sobre la piel humana sudorosa. Yo contaba con una ventaja, había vivido en la selva el tiempo suficiente para conocer todo eso.

Esperó en vano el rescate de los aviones de salvamento y decidió caminar para encontrar a alguien que la pudiera salvar. Al caminar se dio cuenta de que solo tenía un zapato y no veía bien sin gafas. Su vestido floreado de tela ligera, corto y sin mangas, tampoco era la ropa ideal para una expedición por la jungla. Descubrió una herida en el brazo del tamaño de una moneda de diez céntimos y con algunos centímetros de profundidad como la de la pantorrilla, pero no sangraba. Al rescatarme los médicos descubrieron que tenía dislocadas todas las vértebras cervicales, lo que me produjo toda la vida dolores de cabeza con regularidad.

Anota: Al caminar descubro un riachuelo y recuerdo el consejo de mi padre: Si te extravías en la selva y encuentras una corriente de agua, no te separes de ella, sigue su curso. Te llevará hasta donde haya gente. Sigo el cauce del riachuelo. A veces no es fácil seguirlo, porque una tupida maleza me cierra el paso. El cauce poco a poco se ensancha y puedo caminar mejor. Me encuentro con una imponente tarántula, que podría saltarme encima y morderme, pero se dirige hacia la otra orilla del riachuelo. El arroyo es ya caudaloso y paso a la otra ribera. Un día encuentro restos del avión, es una turbina. Mi reloj se detiene, porque no era a prueba de agua.

En el momento menos pensado oigo el sonido inconfundible del rey de las aves rapaces, el cóndor de la selva, que solo entra en acción cuando la presa es grande. Ellos se comen a los muertos. Sigo y casi al momento veo un fila de tres asientos del avión con tres personas incrustadas en tierra a un metro de profundidad. Eran dos hombres y una mujer, de los que solo sobresalían sus piernas. Los cóndores y los gallinazos estaban al acecho entre los árboles. Estaban esperando. Se me pasa por la cabeza la idea de si esa mujer es mi madre. Observo los pies de la mujer. Veo sus uñas pintadas y doy un suspiro de alivio, mi madre jamás se pintaba las uñas.

Como es época de lluvias, casi no hay frutas. No tengo ningún tipo de cuchillo así que no puedo ni cortar un palmito. Tampoco puedo pescar un pez ni cocer una raíz. Sé que mucho de lo que crece en la selva es venenoso así que no toco lo que no conozco. Lo que sí hago es beber abundante agua del arroyo, que es de color marrón por toda la tierra que arrastra. Quizá sea esa la razón por la que no siento hambre. El quinto o sexto día de caminar oigo la voz de un pájaro y el corazón me da un vuelco. Es el canto del shansho, que en Panguana había oído a menudo. Esas aves solo anidan donde las aguas están en espacios abiertos, a orillas de grandes ríos; y eso es justo lo que tengo esperanza de encontrar, porque

también allí se asientan seres humanos. Intento avanzar más rápido y me guío por las voces de los pájaros. En breve me veo frente a la desembocadura de mi arroyo en un río. Si pensaba que llegaría allí pronto, estoy equivocada. Una gran cantidad de madera flotante y cubierta por entero de tupida maleza obstruye la desembocadura hasta el río. Por eso decido dejar el cauce del río y atravesarlo. Me cuesta horas de lucha por atravesar ese trecho de selva. La desembocadura está rodeada de cañas de más de cuatro metros de altura y, si no ando con cuidado, los tallos afilados me arañan y me cortan brazos y piernas. Aun así, los chirridos de los shanshos me hacen recuperar el valor una y otra vez. Por fin me encuentro a la orilla del gran río, de unos diez metros de anchura, pero no hay un alma a la vista. Me doy cuenta de que no es un río navegable ya que hay muchos troncos de árboles y otras maderas flotantes, que lo hacen imposible. Por fin puedo ver cielo abierto sobre mí. Ahora puedo ver la extensión de selva que me rodea. Temo que esté deshabitada en miles de kilómetros cuadrados.

Me da miedo que sin gafas y con un pie descalzo vaya a pisar una serpiente o una raya venenosa. Empiezo a vadear el río. Sé que hay rayas de agua dulce peligrosas, que descansan en el sedimento de la orilla de los ríos o en los rápidos y no se las ve. Si las pisas, te golpean el pie con la cola armada de una espina venenosa. La pierna se hincha que es un horror y da fiebre. Vadeo el río. Decido nadar por el centro del río en aguas de más profundidad. Por lo menos estoy a salvo de las rayas de espina. A cambio hay pirañas, pero aprendí que solo son peligrosas en las aguas estancadas. Además hay que cuidarse de los caimanes.

Cuando el sol se pone, busco un lugar en la orilla más o menos protegido donde pasar la noche. Procuo buscar un sitio en el que pueda tener protección en la espalda, ya sea un ligero barranco o un gran árbol. Los mosquitos me mantienen despierta y parecen querer devorarme viva. Son insoportables esas horas de la noche en las que caigo en un sueño narcótico y una y otra vez me despierto por el ardor y la comezón de nuevas picaduras. O llueve, lo cual es todavía peor. Y luego viene el viento y me hace estremecerme hasta la médula, porque justo por haber llovido con tanta fuerza es un viento gélido, más frío incluso que en invierno. Recolecto grandes hojas con las que procuro protegerme, pero es lo mismo que nada. En esas noches negras se apodera de mí una sensación ilimitada de abandono. Como si estuviera sola por completo en un punto indeterminado del universo. Son los momentos en los que siento desesperación. En esas noches rezo. Mis oraciones son sobre todo por mi madre. Soy consciente de que es un milagro de que esté todavía viva y me pregunto por qué justo yo. He sobrevivido a la caída y pienso que por lo tanto tengo que resistir; rezo, porque aparezcan seres humanos en mi presencia, rezo por mi salvación. Quiero vivir con todas las fibras de mi cuerpo, que se hace paulatinamente más débil. Quiero vivir.

En esas noches de lluvia pienso que sería bonito dedicar mi vida a algo más grande, a algo más importante, a algo que pudiera beneficiar a la gente y a la naturaleza. Qué pueda ser, no tengo la menor idea. Solo siento que mi vida posterior debe tener un sentido en medio del gran entramado del mundo. Porque tiene que tener un sentido que me haya caído del avión y esté casi ilesa.

En otro momento descubro que tengo larvas blancas, cuyos cuerpos asoman como diminutas cabezas de espárragos. Es evidente que las moscas de alguna especie han puesto sus paquetes de huevos dentro de mi herida y que las crías miden ya un centímetro de longitud.

Sé lo que debo hacer: tienen que salir las larvas. Pero no tengo alcohol ni queroseno. Solo un anillo de plata en forma de espiral, que ahora doblo y con el que intento pescarlas. Pero apenas acerco mi improvisada pinza, desaparecen en la carne. Hago la prueba con la hebilla de mi reloj de pulsera, pero tampoco sirve de nada. Entonces me invade una sensación de podredumbre. No tiene ninguna gracia la idea de ser devorada viva por dentro. Es cierto que sé que las larvas, al principio, no me harán ningún daño; como todos los parásitos, al principio no perjudican al huésped, pero la herida puede infectarse, al fin y al cabo estoy nadando todo el día en aguas marrones y llenas de barro. Y si se infectase, no sería raro que al final tuvieran que amputarme el brazo. He oído hablar de casos así, no sería yo la primera.

Como de momento no puedo hacer nada contra las larvas, sigo nadando. Hace rato que me ha llamado la atención que los animales salvajes que hay a orillas del río son de lo más mansos. Sé lo que eso significa, pero procuro apartar de mí ese pensamiento: que este río y esta parte del bosque no han debido de tener la presencia de seres humanos y que tendrán que pasar muchos kilómetros para que eso cambie.

Mientras tanto voy debilitándome. Si bien es cierto que no tengo hambre, noto que todo se hace más fatigoso. Bebo abundante agua del río, que me llena el estómago, pero sé que debería comer algo. ¿Cuántos días hace que camino? ¿Siete, ocho? ⁴⁷.

Un día me hundo a pleno sol en un pequeño banco de arena que encuentro en el río y que me parece ideal para reposar un rato. Estoy casi adormecida y apenas presto ya atención a los omnipresentes mosquitos de la orilla, que no cesan de atormentarme, cuando, de repente, oigo muy cerca de mí un gimoteo que conozco. Las crías de los lagartos blancos emiten esos ruidos y

⁴⁷ Koepcke Juliane, *Cuando caí del cielo*, Edición de 2018, p. 133.

cuando abro los ojos veo a mi lado a unos pequeños caimanes de apenas veinte centímetros de largo. Me paro de golpe porque sé que me hallo en peligro. En cuanto note mi presencia, la madre de estas crías me atacará. Ya está ahí y, rabiosa, se levanta y viene hacia mí amenazante.

¿Y yo? Me dejo resbalar de nuevo en el agua y que me lleve la corriente. He tenido antes encuentros con lagartos que dormitaban a la orilla del río y cuando se percataban de mi presencia se asustaban y saltaban al agua hacia mí. Si no conociese tan bien algunos aspectos de la vida en la selva, habría echado a correr presa del pánico por tierra firme bosque adentro y allí sí que, con certeza, habría muerto.

Me debilito. Me cuesta mucho reunir un mínimo de fuerzas. Sé que debo comer algo si no quiero morir. Pero ¿qué? Es época de lluvias y por todas partes saltan las ranas. Me empecino en que tengo que pescar uno de esos animales y comérmelo, pese a saber que son de una especie de las ranas verdes venenosas y no me sentarían nada bien. Los indígenas del norte de Sudamérica utilizan el fluido ponzoñoso de algunas especies para humedecer sus flechas y dardos. Sin embargo, el veneno de estas que veo es muy débil como para matar a un adulto. En todo caso no estoy muy segura de si podría digerirlas en el estado de extrema debilidad en que me encuentro. Aun así no ceso en mi intento de agarrar alguna rana. Pero no lo consigo. En un momento hay una que está a menos de quince centímetros de mi boca, pero en el instante en que me lanzo ya ha desaparecido. Eso me deprime más que todo lo demás.

El décimo día me dejo llevar por la corriente. Todo el tiempo me choco contra los troncos; me cuesta mucho trepar para evitarlos, fijarme en que no se me rompa ningún hueso en esas operaciones. Al final encuentro un banco de grava y pienso que es un buen lugar para echarme a dormir. Me recuesto, dormito un poco, parpadeo... y de pronto veo algo que no pertenece a aquel cuadro. Creo estar soñando, abro los ojos como platos y es cierto: en la orilla del río hay un bote; bastante grande, además, igual a los que usan los nativos. Me digo que es imposible, que es una alucinación mía, me froto los ojos, miro tres veces al mismo lugar y sigue allí. Un bote.

Nado hacia él y lo toco. Solo entonces puedo creerlo. Es nuevo y está perfectamente acondicionado para el uso. Levanto la vista y descubro un camino trillado que continúa el terraplén de la orilla cuesta arriba a lo largo de cinco o seis metros. Se pueden reconocer incluso escalones con pisadas. ¿Por qué no he visto antes aquello? Allí tengo que subir, ¡allí seguro que voy a encontrar gente! Pero estoy tan débil. Necesito horas para avanzar esos pocos metros.

Sigo y por fin estoy arriba. Veo una cabaña, un sencillo refugio, estacas con un techo de hojas de palmera, suelo cubierto de corteza de palmera, de unos tres por cuatro metros cuadrados. Allí están depositados el motor fueraborda del bote, de cuarenta caballos de fuerza, me fijo en ello como si eso fuese importante ahora, y un bidón de gasolina. No se ve un alma a lo ancho y largo de la zona, pero una trocha conduce bosque adentro y tengo la absoluta certeza de que el dueño de ese bote va a surgir de allí en cualquier momento. Al observar la gasolina, me acuerdo de mis larvas de mosca, que a veces me duelen horribilmente y que han crecido un poco más. Voy a verter algo de gasolina, gota a gota, en la herida, entonces saldrán. Tardo muchísimo en conseguir abrir el tapón roscado del barril. Con un trocito de manguera que encuentro al lado, sorbo la gasolina y la dejo gotear en la herida. El dolor es infernal porque las larvas que están dentro de mi brazo intentan huir hacia abajo y muerden más aún la carne. Pero al final salen a la superficie. Saco treinta larvas de la herida con el anillo que había curvado antes. Al acabar estoy rendida. Más tarde se verá que no son todas, ni de lejos, pero de entrada estoy bastante orgullosa de lo que he conseguido.

Sigo sola. Nadie se ha asomado siquiera. Oscurece y decido pasar la noche en el refugio. Primero intento acomodarme sobre el suelo de la choza, pero la corteza de la palmera es tan dura que prefiero buscarme un hueco en la arena de la orilla del río. Tomo prestada una lona que hay en la cabaña, me tapo con ella y duermo tan bien protegida de los mosquitos aquella noche que me parece un sueño divino, superior al de cualquier hotel de cinco estrellas.

Me despierto a la mañana siguiente y sigue sin aparecer un solo ser humano. Me pongo a pensar en lo que debo hacer. Tal vez no se asome nadie en las próximas semanas. Sé que en la selva existen ese tipo de refugios para que los cazadores y los madereros los usen esporádicamente⁴⁸.

Después comienza a llover a cántaros. Me meto en la cabaña y después me echo la lona sobre los hombros. No siento nada. Una y otra vez intento agarrar una rana, pero en vano... Tengo claro que a ritmo lento me estoy muriendo de hambre. Hace tiempo que no he probado bocado. No siento dolor, ni siquiera tengo hambre. Solo estoy alicaída en extremo y sin fuerzas para nada. De nuevo intento pescar una rana. Lo intento y lo vuelvo a intentar. Así transcurre el día. Ha empezado a oscurecer y oigo voces. No puedo creer que sean reales. Me digo que es pura fantasía. Y sin embargo son voces humanas. Las percibo mejor y se acercan. Y luego entran tres hombres que llegan del bosque y se detienen asustados al verme. Retroceden por instinto y con brusquedad. Comienzo a

⁴⁸ Ib. pp. 136-139.

hablarles y les digo: *Soy una chica que se ha caído con el LANSA*. Mi nombre es Juliana. Entonces se acercan y me miran asombrados ⁴⁹.

Estos hombres, Beltrán Paredes, Carlos Vásquez y Néstor Amasifuén, son taladores de árboles y me atienden. Me dan de comer fariña, mezcla de yuca tostada y rallada, agua y azúcar, que es la comida típica de los trabajadores del bosque y de los cazadores y lavadores de oro, pero no consigo tragar nada. Me curan las heridas lo mejor que pueden y me sacan las larvas del brazo. Al otro día Marcio y Amado, otros dos hombres que llegaron a la choza después, se ofrecieron a llevarme en su bote a primera hora a Tournavista.

Partimos de la choza de madrugada. Intento caminar, pero no puedo. El último trecho me llevan a espaldas. Después me colocan dentro del bote y me tapan con una lona. Mi cansancio es infinito Me adormilo cada poco. En las horas en que estoy despierta, converso con los hombres. El río se llama Shebonya, sin una población a sus orillas. Hacia las cuatro de la tarde desembarcamos en Tournavista. Cuando ya me han desinfectado las heridas apareció una piloto norteamericana, Jerry Cobb, que me ofrece llevarme en su avión a Yarinacocha, al Instituto lingüístico de Verano, donde viven misioneros que estudian las lenguas nativas para traducir la Biblia y donde hay médicos. Me lleva y los médicos me atienden con gran cordialidad. Me sacan más larvas del brazo y del corte que tengo en la pierna, donde los insectos habían anidado. Después me extraen de la planta del pie una astilla bastante larga que yo ni siquiera sabía que tenía clavada. Algunos meses más tarde se determinó que al caer del avión se me había desgarrado un ligamento cruzado de la rodilla. El traumatólogo dijo consternado que, desde el punto de vista médico, era absolutamente imposible que hubiera atravesado la selva en esas condiciones.

Después de su rescate, consiguieron detectar el lugar de la caída del avión y rescatar los cuerpos de los fallecidos. Su padre también consiguió identificar el cuerpo de su madre. Como los periodistas de todo el mundo la acosaban para saber detalles de su sobrevivencia, su padre la envió a Alemania. Allí se quedó y pudo estudiar biología y sacar su doctorado. Para conseguirlo regresó y estuvo en Panguana, investigando la vida de los murciélagos, descubriendo que había en Panguana unas 52 clases distintas; unos años después reconoció que había otras cuatro clases más, mientras que en toda Europa había solamente 27 clases distintas.

Se casó en 1989 con Erich y regresó muchas temporadas al Perú para residir en Panguana en el terreno de investigación de sus padres en la selva

⁴⁹ Ib. pp. 139-140.

peruana, donde también acudían estudiosos de distintos países y eran bien atendidos.

Por otra parte, Juliana consideró que el objetivo concreto de su vida era la conservación del singular ecosistema de Panguana, que era el legado que le habían dejado sus padres, hasta conseguir que fuera declarada área de conservación privada. De modo que Panguana ha llegado a ser una estación de investigación científica y, con la ayuda económica de una gran empresa alemana, se consiguió comprar hasta mil hectáreas de terreno para evitar que gente sin escrúpulos pudiera irse apropiando del terreno y talando árboles y destruyendo la fauna y la flora de tan riquísimo tesoro natural. Así se ha podido hasta ahora conservar ese terreno para la investigación científica peruana y mundial.

En 2011 el Ministerio del ambiente peruano la declaró como área natural protegida y Juliana, como presidenta de la Fundación Panguana, recibió en 2019 la segunda medalla estatal más alta del Perú.

En Panguana se ha encontrado hasta ahora 360 especies de aves, 520 de hormigas, 232 de mariposas, 78 de reptiles, 76 de anfibios, 115 de mamíferos y más de 30 especies de peces. También hay 500 especies de árboles y 16 de palmeras, 140 de cigarras, 25 de insectos palo, 80 de libélulas, 62 de avispas, 25 de abejas orquídeas, 21 de avispas alfareras y 15.000 de microlepidópteros (insectos). Ella misma descubrió 57 especies de murciélagos.

Ciertamente, no podemos comprender el por qué ella sola se salvó de la caída del avión. No tenía más méritos que el resto, ni siquiera era mejor persona. Dios puede responder el porqué de su sobrevivencia. Lo cierto es que ha empleado su vida para el bien de la naturaleza y de esta manera ha dado sentido a su vida. Su vida no ha sido en vano y Dios puede estar orgulloso de su labor. Algún día se lo recompensará al igual que ha sido reconocida su labor por científicos de todo el mundo y por todos los dedicados a la conservación de la naturaleza en el mundo entero.

Nota.- Estas notas de su vida están sacadas de su libro *Cuando caí del cielo*, Edición de 2018, Barcelona.

Como final quisiera aconsejar a los lectores:

*Haz el bien que puedas,
por todos los medios que puedas,,
de todas las maneras que puedas,
en todos los sitios que puedas,
a todas las horas que puedas,*

durante todo el tiempo que puedas.

Así darás sentido a tu vida y, al final, podrás decir: Ha valido la pena haber nacido y haber vivido, sirviendo y haciendo felices a los demás.

Que Dios te bendiga.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los ejemplos anteriores, podemos alabar a Dios porque tenemos unos ejemplos a seguir. Nadie nace santo ni perfecto. Todos tenemos muchos defectos que corregir, pero por encima de nuestros defectos personales, vemos cómo hay gente que ha luchado y trabajado para poder conseguir las metas propuestas. A ellos tenemos que mirar como ejemplos. Ellos pueden ser nuestros guías en nuestro caminar por la vida.

Por supuesto que la vida tiene muchos baches y obstáculos que hay que superar, pero eso no quiere decir que no valga la pena vivir. Hay quienes ante las dificultades de cada día o ante las burlas de los demás o ante los fracasos, creen que no sirven para nada y que no vale la pena seguir viviendo e, incluso, algunos piensan en el suicidio. Y no faltan quienes deciden morir antes que vivir. Esos son los que no ven otros caminos, sino la muerte. Porque, aun en el peor de los casos de una enfermedad terminal, hasta el último momento podemos seguir mereciendo y haciendo méritos para la eternidad, sabiendo que Dios en ningún momento nos abandonará a nuestra suerte, a pesar de nuestros errores y pecados del pasado.

Por eso, les aconsejo a todos que vivamos con la mente puesta en Dios, que es nuestro padre, que nos ha creado por amor y espera mucho de cada uno de nosotros, pero que también como un buen padre nos exige dar lo mejor de lo mejor. No se contenta con un aprobado con las justas, sino que espera un sobresaliente de cada uno de sus hijos y para ello nos da su gracia. Ciertamente, no somos buenos para todo, habrá muchas cosas para las que no tenemos cualidades, pero también es cierto que tenemos cualidades más que suficientes para hacer algo importante en este mundo para Dios y para los demás.

Que Dios se sienta orgulloso de ti, su hijo, y seas feliz con él por toda la eternidad en el cielo. Vive para la eternidad y no para los cuatro días de este mundo. Dios espera mucho de ti. No te rindas y sigue adelante, y Dios te bendecirá mucho más de lo que puedes pensar o imaginar.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Canessa Roberto, *Tenía que sobrevivir*, Ed. Alrevés, Barcelona, 2017.
Roald Amundsen, *Polo sur*, Interfolio libros, 2020, pp. 254-257.
Coche Inciarte, *Diario de un superviviente*, Ed. Guante Blanco, Almería, 2019.
Koepcke Juliane, *Cuando caí del cielo*, Edición de 2018.
Salvador Franklin Jonathan, *Salvador*, Ed. Alienta, Barcelona, 2021.

&&&&&&&&&&&&&&